

Olimpia Cobos Losía



Reino de ensueño

Edición crítica y estudio introductorio
Eva Moreno Lago y Caterina Duraccio

Dykinson, S.L.

Colección
ANDALUZAS OCULTAS

Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez
Directoras

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia
Francesca Denegris Calderón, Católica Universidad del Perú, Lima
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut , USA
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Carolina Sánchez-Palencia, Universidad de Sevilla, España

Eva Moreno-Lago y Caterina Duraccio (ed.)

**OLIMPIA COBOS
LOSÚA.
Reino de Ensueño**

Dykinson, S.L.

2023

Olimpia Cobos Losúa. Reino de Ensueño
Eva Moreno-Lago y Caterina Duraccio (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y notas: Eva Moreno-Lago y Caterina Duraccio

© De los poemas: Herederos de Olimpia Cobos Losúa

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva Moreno

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-205-8

REINO DE ENSUEÑO

Olimpia COBOS LOSÚA

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
EVA MORENO LAGO Y CATERINA DURACCIO

SOBRE LAS AUTORAS

Eva Moreno-Lago es doctora en Estudios Filológicos por la Universidad de Sevilla, obteniendo el premio extraordinario de doctorado. Es miembro del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras (HUM753). Ha obtenido diferentes contratos de investigación tanto predoctoral (FPU) como postdoctorales. Actualmente es profesora en el departamento de Literatura Española e Hispanoamericana de la Universidad de Sevilla. Es presidenta de la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres (AUDEM) desde 2018 y vicepresidenta de la Asociación Benilde. Sus investigaciones han versado sobre diferentes escritoras de la primera mitad del siglo XX y sus resultados se han mostrado en congresos internacionales de diferentes países (España, Portugal, Francia, Italia, Polonia, Argentina, Grecia y Marrueco) y en publicaciones tanto en editoriales del primer cuartil del SPI como en revistas científicas. Ha ganado el primer premio de Innovación Docente y Buenas Prácticas María Moliner convocado por la Cátedra Leonor de Guzmán y el Ayuntamiento de Córdoba con un trabajo titulado “Rotas. Historias reales sobre vidas destrozadas por la violencia machista en España. Aplicación didáctica” (2021). En 2022 ha recibido el premio Mujer e Investigación otorgado por el Ayuntamiento de Sevilla.

Caterina Duraccio es doctora en Estudios Filológicos por la Universidad de Sevilla, con mención internacional. Es miembro del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras (HUM753) y fue secretaria de la Asociación Universitaria de Estudios de las Mujeres (AUDEM) desde 2018 hasta 2022. Sus investigaciones se centran en los estudios de género y la literatura italiana, cuyos resultados se reflejan en la participación en congresos internacionales en distintos países (España, Italia, Polonia y Grecia) y en publicaciones en revistas científicas y editoriales de alto impacto. Es autora de distintos manuales didácticos enfocados al aprendizaje de la traducción y de la literatura a través de los textos de escritoras, poetas y dramaturgas italianas. Actualmente es profesora en el departamento de Filología y Traducción de la Universidad Pablo de Olavide.



Retrato al óleo de Olimpia Cobos Losúa realizada por Manuel Villalobos Díaz. Museo de Bellas Artes de Sevilla.

Olimpia Cobos Losúa

“El género funciona como una lente adicional o una
manera de levantar la cortina para ver un receso oculto
del yo y de la sociedad”

— *Nuria Capdevila-Argüelles* (2018)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

LOS ESCRITOS DE OLIMPIA COBOS	9
1. Acercamiento biográfico	10
2. La obra literaria de Olimpia Cobos	21
2.1. Temáticas y estilo	23
3. Conclusiones	36
4. Referencias bibliográficas	40
5. Criterios de edición.....	43

OBRA

Reino de ensueño.....	47
Reino de ensueño	49
El más allá de la materia	52
De viejas crónicas. Bienaventurados los que lloran	54
A través de los tiempos	58
Horas maestras	61
La raíz del bien	66
Alma de muñeca	73
Amapolas	77
Impresiones de viaje	81
La ciudad medioeval.....	83
La ciudad olvidada.....	86
Excursión a Santo Domingo de Silos	88
Una carta	90
De sociología	95
La cuestión palpitante. Derechos y deberes.....	97
La mujer española en los momentos actuales.....	99
La mendicidad infantil	103
Bibliotecas populares	110

LOS ESCRITOS DE OLIMPIA COBOS

Eva MORENO LAGO

CATERINA DURACCIO

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE (Sevilla)

¡Qué título tan bello y tan apropiado a la obra! Porque la mayoría de los trabajos recopilados en esta son creaciones de una mente soñadora, de un alma grande, que vive lejos de la realidad, en las regiones ideales del espíritu, a donde jamás llegan las miserias humanas, en el Reino de Ensueño, reservado para los seres superiores.

Ricardo de Montis,
Diario de Córdoba (17 de diciembre de 1920)

1. ACERCAMIENTO BIOGRÁFICO

Olimpia Cobos Losúa es una maestra y escritora prácticamente desconocida. La única imagen que se conserva de ella es el retrato que su cuñado Manuel Villalobos Díaz realizó al óleo y que ilustra tanto la portada como la primera página de esta edición. No se sabe cuándo se pintó ese retrato, pero muestra a una joven que mira de frente, de tez clara, mejillas sonrojadas y pelo oscuro. No se aprecia bien si tiene el pelo corto o recogido pero su representación recuerda a todas las mujeres que, a principios de siglo XX, decidieron cortar su melena “a lo garzón” y adherirse a una vida que le ofrecía muchas más posibilidades en la educación, en lo laboral y en lo cultural. Sin embargo, ella no muestra la indumentaria masculinizada de las modernas, término que acuña Mangini (2001), sino que viste una blusa clara con aire decimonónico en la que se vislumbran unas flores como relieve

del tejido. Este cuadro retrata no solo la imagen física de Olimpia, sino su espíritu y estilo de vida en la que incorporó algunos rasgos modernos sin olvidarse nunca de las tradiciones. En el recorrido pictórico que realiza Fernando de los Ríos y de Guzmán por la producción del pintor sevillano se destaca este retrato y los que realizó de Amantina, hermana de Olimpia, entre sus mejores obras (De los Ríos, 28 de junio de 1929: 1). Por este motivo, hay que pensar que supo inmortalizar la esencia de la escritora ya que tuvo mucho vínculo con ella, no solo por la conexión familiar sino también porque compartían intereses artísticos, literarios y culturales. Muy probablemente Olimpia tuviese el pelo recogido pero lo importante es el aire de modernidad que intentó transmitir con esa ambigüedad entre el pelo corto y el recogido, siendo consciente de lo que significaba a nivel emancipatorio ese estilo.

Hay pocos datos exactos de su biografía. Uno de los problemas que han aparecido en el rastreo de la prensa, y que ha dificultado la recogida de datos, está relacionado con su segundo apellido, cuyas variaciones son innumerables y variopintas: Lozúa, Losna, Losera, Logina, etc. Sin embargo, se ha comprobado que se trata siempre de la misma persona y esto invita a pensar que también en algunos registros civiles y municipales puede aparecer el mismo error y, por lo tanto, obstaculizar el acceso a los mismos.

Era la segunda hija del matrimonio compuesto por Pedro Cobos Caballero y Gregoria Losúa Valdivielso. Su hermano mayor es Emilio y la menor, Amantina, con la que compartió profesión y gustos intelectuales. El primogénito se sabe que nació en Lerma, un municipio de Burgos, y que, en la primera década del siglo XX marchó a Argentina¹. Tanto Amantina como Olimpia nacieron en Astorga, un pueblo de la provincia de León. La partida de nacimiento de Olimpia no ha aparecido en el Registro Civil del municipio, pero sí la de Amantina. Sin

¹ El juez de Lerma declaró su fallecimiento en el B.O.E. el 25 de febrero de 1963 haciendo constar que: “En este juzgado se tramita expediente para la declaración de fallecimiento de don Emilio Cobos Losúa, quien, según noticias, marchó a la República Argentina hace aproximadamente unos sesenta años, y del cual no se tienen noticias desde hace más de treinta años, habiendo instado la declaración de fallecimiento el señor Abogado del Estado de la provincia de Burgos en la representación que ostenta el Estado.” (B.O.E., 25 de febrero de 1963, 3224).

embargo, se ha encontrado la siguiente copia de la partida de nacimiento entre los documentos que presentó para ingresar en la Escuela Normal de Maestras de Badajoz. Está firmado y redactado por el juez municipal de la ciudad de Astorga y dice:

En el libro primero de nacimiento de este Registro Civil al folio ochenta y tres hay un acta que literalmente copiado dice: Al margen: Número ciento cinco: Olimpia Cobos Losúa

En el centro: en la ciudad de Astorga a veinticuatro de julio de mil ochocientos ochenta y uno y en hora las cuatro de la tarde ante el señor D. Manuel Núñez primer suplente de juez municipal en funciones y D. Benito Blanco Fernández, secretario, compareció D. Pedro Cobos Caballero, natural de Quintanilla Somuño, de término municipal, partido y provincia de Burgos, mayor de edad, del comercio y domiciliado en esta Ciudad, su término y partido, provincia de León, calle de San Martín número tres, presentada para su inscripción en el registro civil de esta ciudad una niña, y al efecto como padre de la misma declaró: que dicha niña había nacido en su propia casa el día veintidós del corriente y hora las seis de la tarde. Que era hija legítima del que declara y de su esposa D^a Gregoria Losúa de Valdivielso natural de San Martín de Rubiales en término municipal, partido de Roa, provincia de Burgos, mayor de edad, dedicada a las ocupaciones propias de su sexo y domiciliada en esta ciudad en el de su esposo.²

Según este documento, que asegura ser copia del original, Olimpia nació el 22 de julio de 1981. El expediente número 8 de la misma caja, era el de su hermana, y también aparece una copia de su partida de nacimiento que confirma su nacimiento el 6 de junio de 1982, un año después que Olimpia. El Registro Civil de Astorga sí conserva este documento original y contradice el año, siendo el 6 de junio de 1875. Esto quiere decir que la copia que se encuentra en el expediente de estudiante no es literal y que ambas hermanas modificaron el año para parecer más jóvenes. No es el único documento donde las fechas de las dos no coinciden. En el padrón de Sevilla, realizado en 1896, Amantina dice tener 18 años y Olimpia 21, es decir, se llevan 3 años y, por

² Conservados en el Archivo de la Universidad de Extremadura, sección 29, caja 9898. Número de expediente 1. Caja 94. 1904.

lo tanto, habrían nacido en 1878 y 1875 respectivamente. Sin embargo, según las copias de las partidas de nacimiento, solo hay un año de diferencia de edad. Hay otro documento más que muestra una fecha diferente. En el suplemento de *La Escuela Moderna* se anuncian vacantes a la que solo pueden concurrir funcionarios. Olimpia se presenta y, entre sus datos, aparece su nacimiento datado el 22 de julio de 1883 (S/F, 24 de enero de 1917: 5). Por lo tanto, aparecen tres años: 1883, 1881 y 1875 y siempre coincide el día y el mes. Como ya se ha mencionado, la copia del expediente de alumna de la Escuela Normal de Maestras de Amantina es exactamente igual a la que atesora el Registro Civil de Astorgas, pero cambia la fecha, 6 de junio de 1882. Por lo tanto, se puede deducir que con Olimpia pasó lo mismo. Lo que no se puede saber con exactitud es la diferencia de edad entre las hermanas, pudiendo ser entre uno y tres años. Por ese motivo, se puede pensar que nació el 22 de julio de 1872, 1873 o 1874.

La partida de nacimiento continúa ofreciendo datos familiares que permiten descubrir que provenía de una familia acomodada. El abuelo materno era el farmacéutico de Lerma. Esto justifica que Emilio naciera allí y que el matrimonio pasara los primeros años de casados en localidad de Gregoria. Sin embargo, en 1870 ya se habían mudado a Astorga porque en el *Boletín Oficial de la Provincia de Palencia* se menciona que Pedro Cobos reside en esa localidad (S/F, 4 de julio de 1870: 4). Su familia era muy religiosa y conservadora, no solo porque así lo señala Adolfo Quijano al hablar de la infancia de Amantina, “Educada en un ambiente de conservadora o reaccionaria presión” (Quijano y Quijano, 1926), sino porque se percibe en algunas noticias en las que se menciona a los padres, como la protesta contra la persecución del Papa León XIII que firmaron en 1882 en *El Siglo Futuro* (diario católico)³. Muy probablemente el matrimonio realizó varios traslados entre Astorga y Lerma, puesto que en este año se encontraban de nuevo en Lerma. Además, pocos años después Pedro Cobos fue nombrado delegado de la inspección de

³En protesta contra el escándalo en Roma el 13 de julio de 1881, “con escarnio de la Santidad de León XIII y de la memoria de Pío IX. Con todo nuestro corazón ofrecemos nuestra adhesión incondicional y absoluta al Vicario de Jesucristo, preso, perseguido y ultrajado” (S/F, 5 de enero de 1882: 1).

primera enseñanza en Lerma (S/F, 4 de octubre de 1885: 3). Por lo tanto, pasó de ser un comercial (según se refleja en los datos de las partidas de nacimiento de sus dos hijas) a estar vinculado con la educación.

El padre falleció antes de 1896, ya que en ese año ya se encontraban en Sevilla Gregoria y las hermanas, según el padrón del término municipal de Sevilla. Vivieron en la Calle Santa Ana 28, perteneciente a la Parroquia de San Lorenzo, y la madre ya figuraba como viuda y sus dos hijas como solteras. Sin embargo, Emilio permaneció en León hasta que marchó definitivamente a Argentina (S/F, 7 de noviembre de 1890: 1). Fernando de los Ríos también hace referencia a los años en los que la escritora vivió en la capital andaluza, influenciando, incluso, su obra: “Olimpia Cobos vivió mucho tiempo en Sevilla, donde contaba con numerosas y escogidas amistades, y deja escrita una bella serie de crónicas, artículos y cuentos, publicados e inéditos, algunos inspirados en nuestra ciudad” (Cobos, 1920: XI). Durante algunos años también residieron en Extremadura, en concreto en Mérida, según recoge una noticia del 23 de mayo de 1904 en *El Noticiero Extremeño* que anuncia: “Han regresado a Mérida las distinguidas Olimpia y Amantina Cobos” (S/F, 23 de mayo de 1904: 2).

Durante este año, 1904, tanto Olimpia como Amantina empezaron los estudios superiores en la Escuela Normal de Maestras de Badajoz, que realizaron a distancia desde Mérida, es decir, realizando los exámenes de reválida. Se preparaban las materias sin asistir a las clases presenciales y solo se presentaban a los exámenes en las convocatorias previstas, solicitando el permiso a la directora de la Escuela Normal Superior de Maestros de Badajoz:

D^a Olimpia Cobos Losúa, natural de Astorga, provincia de León, de 23 años de edad, según cédula personal que exhibe, a V.S. respetuosamente expone: que habiendo hecho libremente los estudios de las asignaturas Geografía e Historia, Aritmética y Geometría, Gramática, Pedagogía, Labores y Corte y Dibujo, que constituyen el primer curso de la carrera del Magisterio y deseando darles validez académica en el próximo junio;

A V.S. suplica se digne admitirla a practicar el examen de mencionadas asignaturas, previo el oportuno examen de ingreso. Gracia que no duda alcanzar de la notoria rectitud de V.S. cuya vida que Dios m^a a^a
Mérida, 9 de mayo de 1904.⁴

En junio realizó los exámenes requeridos, aprobándolos satisfactoriamente. Meses más tarde, para la convocatoria de septiembre, solicitó examinarse de las materias correspondiente al segundo año. Por lo tanto, en menos de dos meses, superó dos cursos, preparándose las asignaturas por su cuenta:

que habiendo hecho libremente los estudios de las asignaturas Historia de España, Pedagogía, Ciencias Físicas y Naturales, Derecho y Legislación Escolar, Gramática Castellana, Agricultura, Labores y Prácticas de la enseñanza, que constituyen el segundo año elemental de la carrera del Magisterio y deseando darles validez académica en el próximo septiembre; A V.S. suplica se digne admitirla a practicar el examen de dichas asignaturas. Gracia que no duda alcanzar de la notoria rectitud de V.S. cuya vida que Dios m^a años.
Mérida, 9 de agosto de 1904.⁵

En 1905 también empezó a cursar asignaturas de las enseñanzas superiores, combinándolas con la elemental. El 27 de abril 1906 solicitó el título de 1º Enseñanza Elemental porque había aprobado todas las asignaturas del plan de estudio. Sin embargo, realizó algunas materias más para obtener el título de Maestra de 1º Enseñanza Superior que pidió el 23 de febrero de 1907⁶, mientras trabajaba de auxiliar interina en la escuela pública elemental de niñas de Mérida (S/F, 24 de mayo de 1906: 2). La diferencia entre ambos títulos radicaba en que con el primero solo podía impartir clases en las escuelas rurales y de pueblos pequeños mientras que con el grado superior podía

⁴ Conservados en el Archivo de la Universidad de Extremadura, sección 29, caja 9898. Número de expediente 1. Caja 94. 1904.

⁵ Conservados en el Archivo de la Universidad de Extremadura, sección 29, caja 9898. Número de expediente 1. Caja 94. 1904.

⁶ Según la *Gaceta de Instrucción Pública*, su título se expidió el 27 de febrero de 1907 y pertenecía a la Universidad de Sevilla.

enseñar en toda la escuela primaria (González Rodríguez, 1988: 77-130). Por lo tanto, durante este periodo mantuvieron su domicilio en la capital extremeña, como así lo recuerda una noticia “Han salido para Mérida, donde tienen su residencia, las distinguidas profesoras señoritas D^a Amantina y D^a Olimpia Cobos” (S/F, 27 de junio de 1906: 2).

Tanto en 1909 como en 1910 se presenta a las oposiciones convocadas por la Universidad de Sevilla para cubrir vacantes en las Escuelas públicas superiores y elementales de niñas, de las provincias de Sevilla, Badajoz, Cádiz, Córdoba y Huelva (S/F, 12 de abril de 1910: 5), ganando una plaza como maestra interina en la Escuela Superior de Montellano en julio del mismo año (S/F, 5 de julio de 1910: 6). Aun así, se vuelve a presentar ese mismo año a las oposiciones. Sin embargo, ella aspiraba a ser profesora de la Escuela Normal de Maestra y no de niñas, como hasta ahora. Para cumplir este propósito realizó un examen de ingreso, que aprobó en el segundo llamamiento, para matricularse en la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio en octubre de 1911 en la sección de Letras (S/F, 9 de octubre de 1911: 3)⁷. La prueba para entrar no era fácil puesto que había pocas plazas. Así lo recuerda el director del periódico *El Universo* (Madrid), Rufino Blanco y profesor de la asignatura Pedagogía fundamental:

Después de ruda y difícilísima oposición, ingresó la Srta. Cobos hace pocos años, como alumna becaria en la Escuela Superior del Magisterio, donde siguió con gran aprovechamiento los cursos del grado normal, captándose pronto las simpatías y el aprecio de profesores y condiscípulos, por su talento, cultura, finos modales y bondadísimo carácter (Cobos Losúa, 1920: XII).

Las palabras de Rufino Blanco señalan dos datos interesantes: primero, que fue becada para realizar estos estudios y, segundo, que los realizó de forma presencial, por lo que estuvo viviendo en Madrid durante esos años. Su testimonio es interesante porque presencié estos años desde la propia institución. Dirigió también *El Magisterio español* y es considerado un reformador del

⁷ El 14 de octubre de 1911, *El Suplemento a la Escuela Moderna* anuncia su ingreso definitivo tras aprobar los exámenes de ingreso con una nota definitiva de 6,83.

sistema educativo. Por lo tanto, los elogios hacia el talento y la cultura de Olimpia son reveladores puesto que conocía a muchísimas personas de la profesión y, aun así, destacó su labor y conocimiento.

Probablemente, Dolores Caballero, que fue profesora de la Escuela Normal de Albacete, también compartió los años de estudio con ella, puesto que dedica unas palabras en el homenaje sentimental haciendo alusión a una vida en común durante la juventud: “Es un trozo de nuestra juventud el que con ella se va, llevándose al mismo tiempo el recuerdo de tiempos felices y de instantes de íntima y fraternal convivencia” (Cobos Losúa, 1920: XVII). Carmen de la Vega, profesora de la Escuela Normal de Santander, recuerda la época de “estudiantes en la que, mientras trabajábamos, tejíamos la red invisible de los ensueños, de los proyectos” (Cobos Losúa, 1920: XIX). Incluso Carmen Cuesta del Muro, otra profesora Normal, reconoce que tuvo “el gusto de convivir con ella una temporada, durante nuestra vida estudiantil” (Cobos Losúa, 1920: XX), por lo que probablemente vivieron en una residencia.

Carmen Cuesta ingresó en septiembre de 1912 en la sección de ciencias y tuvo que mudarse también a la capital porque ella era de Palencia. Tal y como señala su biógrafa, trasladarse a Madrid supuso un cambio radical porque implicó separarse de la familia y “encontrarse de repente con lo plural, con lo diverso, con lo abierto a lo nuevo, con un ambiente muy propicio para su ímpetu entusiasta” (González Rodríguez, 42). La misma experiencia representó para Olimpia quien había realizado su formación en la Escuela Normal con su hermana. Muy probablemente, el contacto con estas nuevas ideas y también la influencia de la Institución Libre de Enseñanza que se respiraba en la Escuela Superior del Magisterio hizo que, pese a tener una formación muy cristiana, se adhiriera a las ideas feministas y progresistas.

Según la *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, el número de plazas era 16 para la sección de letras (6 alumnos y 10 alumnas), 14 para la sección de ciencias (nueve alumnos y cinco alumnas) y cinco para la sección de labores. Por lo tanto, muy pocas personas tuvieron este título superior. Según Ferrer la Escuela Superior del Magisterio existió desde 1909 hasta 1932,

teniendo su sede en una zona muy céntrica de Madrid, calle de Montalbán número 20. Los estudios tenían una duración de tres años y su organización sufrió muchas modificaciones, teniendo un carácter muy experimental y una vinculación a las prácticas pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza (ILE). Ese título permitía ocupar las plazas en las Escuelas Normales o, también, optar a los cargos de Inspector de Primera Enseñanza (1975: 44-45). En muchas reseñas publicadas en prensa sobre la vida de la escritora se destaca que estudió Filosofía y Letras, sin embargo, es una confusión con este último título que lo realizó en la sección de letras teniendo asignaturas tanto de pedagogía como de humanidades (lingüística, literatura, historia y filosofía).

Probablemente terminó sus estudios en 1914 y el 22 de julio de 1915 ganó un puesto fijo como profesora numeraria de Gramática y Literatura castellanas con ejercicio de lectura en la Escuela Normal de Maestras de Córdoba (S/F, 22 de julio de 1915: 4)⁸. Desde entonces residió en la ciudad andaluza y se hospedó en la residencia del Colegio de Santa Victoria, al que alabó en varias ocasiones: “Es demasiado conocido el Colegio de Santa Victoria, de esta ciudad, y muy queridas las Madres Escolapias que lo dirigen” “que tanto bien hacen con sus trabajos en pro de la cultura” (Cobos Losúa, 28 de mayo de 1918: 1). Destacó, sobre todo, la labor educativa que realizaban, ensalzando la: “difícil y ardua tarea que las buenas religiosas tienen a su cargo, de formar el corazón de la mujer española, y, principalmente, de la cordobesa” (Cobos Losúa, 24 de octubre de 1918: 2). No obstante, no perderá contacto con la capital andaluza, puesto que durante los periodos de vacaciones se marchaba a la ciudad a visitar a su hermana y a sus amistades.

Su labor como profesora y la huella que dejó en sus discípulas fue destacada en numerosos periódicos. Tirso Camacho escribió un soneto ensalzando su labor al que tituló “Última flor”:

Fue la genial y artística mentora
que educó la sencilla adolescencia,
sembrando en su incipiente inteligencia

⁸ En la noticia se aclara que tendrá un sueldo anual de 2500 pesetas. En 1919, meses antes de su fallecimiento, su sueldo ascendió a 4.000 pesetas.

la semilla fecunda y redentora.

Aún la Normal de Córdoba la llora
por su trabajo, su virtud y ciencia,
pes ella dirigió la florescencia
de aquella juventud que el bien labora.

A Minerva rindió culto constante,
pues puso en el saber todo su empeño;
mas no encontrando aquí dicha bastante,
por ser el mundo, a su anhelar, pequeño,
abrió sus alas y ascendió radiante
para gozar el *reino del ensueño* (Cobos ed., 1922: 29).

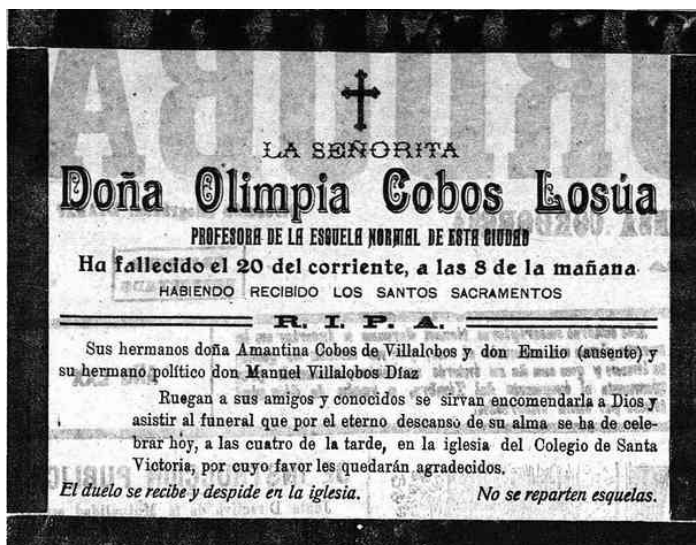
Después de lidiar tanto para conseguir el trabajo que quería, como profesora de estudios superiores, falleció de forma repentina el 20 de diciembre de 1919 y se celebró el funeral en la iglesia del Colegio de Santa Victoria. Algunas necrologías destacaron este esfuerzo que realizó hasta conseguir su sueño: “Cuando después de tantos desvelos, de tantas vigiliadas consumidas en el estudio, ofrendadas en aras del saber, llegaba a la cumbre de su brillante carrera, la muerte aleve siega su vida...” (Cobos Losúa, 1920: X).

La señorita Cobos al llegar al colmo de sus aspiraciones, después de luchar para obtener el puesto donde la fortuna le sonreía, ha sucumbido al golpe de traidora enfermedad, como planta marchita por los rigores del invierno. Sus discípulas de la Escuela Normal de Córdoba la rodeaban en el aula cariñosamente, como hijas enamoradas de una madre que vierte consejos y enseñanzas provechosas, las cuales eran recogidas por sus jóvenes alumnas como el aire recoge los sonidos de la naturaleza y el perfume de las plantas (Cobos Losúa, 1920: IX).

Entre las características que le atribuyen y destacan de la escritora sobresalen su cultura y su modernidad: ser una mujer “a la moderna, a la altura de nuestro siglo”. Sin embargo, en Andalucía no podía excederse de adelantada y siempre tenía que moverse dentro de la “discreción y la finura”. Además, se recalca el recato, la cautela y la parquedad como rasgos que protegen su feminidad: “Entre las muchas virtudes que adornaron a la finada, una de las mayores fue la modestia; hablaba de ella lo menos

posible, al contrario de la mayor parte de los demás escritores y artistas” (Cobos Losúa, 1920: XI).

Imagen: Esquela de Olimpia Cobos Losúa.



Fuente: publicada en *Diario de Córdoba* (Córdoba) el día 21 de diciembre de 1919.

Además, también se destacan sus rasgos físicos, es decir, su hermosura, que se asemeja o se le otorga incluso más valor que su conocimiento y formación, tal y como recuerdan las palabras de Baldomero Mendoza de Castro que se recogen en *Del libro de Olimpia*: “Joven de belleza extraordinaria, de claro entendimiento, de profundos conocimientos, piadosa, discreta y sobre todo humilde” (Cobos ed., 1922: 32). También Ricardo Montis, en un soneto que le escribe “in memoriam” traza la misma estrategia para alabar y homenajear a la finada, destacando, antes que sus dotes de sabiduría su juventud y su belleza:

Belleza y juventud; claro talento,
inspiración fecunda y soberana;
dominio de la lengua castellana
que da expresión correcta al pensamiento.

Vasta cultura, sólido cimiento
base del escritor; pluma galana;
alma en que, unido con la fe cristiana
anidó todo noble sentimiento.

Tal fue el conjunto de sublimes dones,
virtudes y admirables perfecciones
que el Dios, todo bondades, puso en Ella...

Dejó pronto esta vida abrumadora.
Y si aquí iluminó con luz de aurora,
hoj nos deslumbra con fulgor de estrella (Cobos ed., 1922: 37).

Ese equilibrio entre lo intelectual y lo femenino lo subraya también el catedrático y profesor de filosofía en la Escuela Superior de Magisterio José Rogerio Sánchez:

perdía la enseñanza española una profesora dignísima, ilustrada y llena de vocación, entusiasmo e ideal; pero además perdíamos a una mujer. Porque Olimpia tenía el preciado secreto de conservar un hondo y tierno sentimiento femenino, que no era obstáculo a un espíritu selecto, cultivado y perspicaz. ¡Difícil conjunción que raramente se presenta por desgracia! (Cobos Losúa; 1920: XV).

Como se puede comprobar, incluso el profesorado de una institución de ideas tan avanzadas observa como un peligro la combinación mujer y erudición o sabiduría. Aunque era muy común que las mujeres más letradas cursaran estudios en la Escuela Normal, no lo era que quisieran continuar sus estudios. En el caso de Olimpia, aspiró a acceder a una cátedra en un ambiente prácticamente universitario. De hecho, esta Escuela Superior del Magisterio fue el germen del matiz universitario que posteriormente adquirieron estos estudios. Además, ella se vio muy condicionada por su edad. Es muy probable que ambas hermanas se quitaran años porque empezaron sus estudios (y también a publicar) a los 30, una edad avanzada para la época. Si lo comparamos con su compañera Carmen Cuesta, ingresó en la Escuela Normal de Maestras de Palencia con 14 años, también en 1904. Entonces, ellas le duplicaban la edad. Esto muestra también la preocupación constante a la que se sometían las mujeres que querían acceder a una formación y a unos espacios intelectuales

y artísticos. No se sabe por qué no pudieron estudiar antes, quizás por impedimento familiar o económico. Fuese el motivo que fuese, a una mujer de 30 años no le correspondía preocuparse por mejorar su futuro laboral o intelectual sino buscar un hogar en el que desempeñar su papel femenino. Ese es el motivo por el que tuvieron que trazar otras estrategias para hacer lo que querían (estudiar, formarse y trabajar) sin ser juzgadas.

2. LA OBRA LITERARIA DE OLIMPIA

Olimpia Cobos no publicó ningún libro en vida, sino que sus escritos aparecieron en diferentes periódicos, sobre todo en el *Diario de Córdoba*. Varias personas mencionan que fue colaboradora asidua “en importantes publicaciones” (Cobos Losúa, 1920: XIII), pero no citan los nombres de los periódicos. Cuando falleció repentinamente, su hermana Amantina decidió reunir su producción literaria y periodística y publicarla, dándole el nombre de uno de sus relatos. La escuela Profesional Salesiana de Artes y Oficios será la encargada de publicar, en 1920, la selección de cuentos, artículos e impresiones de viajes. No es casual que la fecha del primer aniversario de la muerte de Olimpia coincidiera con la publicación de sus obras. La portada la realizó Manuel Villalobos a modo de azulejo andaluz con tonos azules y amarillos, vinculando la experiencia de la escritora con esta región en la que vivió y falleció. Ricardo Montis destacó su labor en la reseña que realizó del libro y que se recogió posteriormente en una pequeña edición “En la cubierta del libro aparece un primoroso dibujo del Sr. Villalobos Díaz, hermano político de la malograda escritora, el cual resulta digno de la obra, pues es un trabajo artístico de exquisito gusto” (Cobos ed., 1922: 5).

La publicación comienza con una serie de escritos que vieron la luz tras la muerte de Olimpia y que ayudan a recomponer la red intelectual en la que se movía la escritora. Este “Homenaje sentimental”, tal y como se denomina este capítulo en la edición original, abre el libro no solo con los artículos necrológicos sino también con los poemas escritos con ocasión de la muerte de la

escritora. Todos estos textos se publicaron en la prensa desde diciembre 1919 hasta septiembre 1920.

A modo de prólogo, Amantina Cobos escribe un breve texto en el que traza el perfil emocional y el mundo interior de su hermana, cuya vida fue “sabiamente ocupada, en elevar el nivel de la cultura femenina, en formar el espíritu de la mujer en los altos ideales del amor a la virtud, y el culto a la ciencia” (Cobos Losúa, 1920: V). El reconocimiento cultural del que gozaba la finada no solo se refleja en las palabras de su hermana sino también en las de los editores, publicistas, profesoras y poetas que acompañan la edición y compartieron diferentes momentos y experiencias con ella. El conjunto de estas “oraciones líricas ofrendadas a su memoria” (Cobos Losúa, 1920: VI) se introduce con la “corona poética” fúnebre que Ricardo De Montis escribe para rendir tributo a la intelectual castellanoleonesa-andaluza.

Amantina Cobos, que estaba en contacto con varios periódicos sevillanos y cordobeses, pidió que le enviaran los escritos realizados en memoria de su hermana. De esta forma, coordinó y organizó esta primera parte recopilando los diferentes artículos aparecidos en la prensa. Como señala en una nota a pie de página, respetó cronológicamente la fecha de publicación, con la única excepción del tríptico poético de María Tixe de Isern con el que se cierra este “homenaje sentimental”. Muchos fueron los intelectuales que, en recuerdo de la memoria de Olimpia Cobos Losúa, dedicaron cuantiosas palabras de admiración y elogiaron sus logros académicos. Destacaron su conocimiento de idiomas y su formación superior, obteniendo el título de Profesora Normal.

Ricardo de Montis, Fernando de los Ríos y Antonio Sarazá Murcia, hicieron referencia a su licenciatura en Filosofía y Letras, como base de una “vasta cultura sólidamente cimentada” (Cobos Losúa, 1920: XVIII). Sin embargo, como ya se ha mencionado, no realizó esta licenciatura, sino que es una confusión con su segunda carrera que cursó en la sección de letras de la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio. Las dedicatorias presentadas en la primera parte hacen hincapié en la trayectoria personal y profesional de la autora, profesora y periodista, considerándola “una de las mujeres que honraban el feminismo español” (Cobos Losúa, 1920: VII). La noticia de su muerte tuvo cierta resonancia no solo en Córdoba sino también en otras ciudades en las que

vivió. Por ese motivo Fernando de los Ríos pidió al Ateneo de Sevilla que organizara un homenaje en su sede: “¿Podría la Sección de Literatura del Ateneo sevillano, organizar una velada necrológica en honor de la malograda escritora: una lectura de sus obras inéditas, por ejemplo?” (Cobos Losúa, 1920: XI).

Sin duda, la etapa sevillana fue de gran inspiración para Olimpia Cobos y se refleja también en *Reino de Ensueño* con el cuento “A través de los tiempos. Meditación”, en el que la autora propone una delicada descripción de las procesiones del Viernes Santo de Sevilla. Desde las Escuelas Normales también llegan los tributos de sus compañeras Dolores Caballero (Albacete), Carmen de la Vega Montenegro (Santander) y Carmen Cuesta del Muro (Palencia) que recuerdan con sincera emoción los proyectos “de los cuales, felizmente, convirtió algunos en realidades al frente de su clase” (Cobos Losúa, 1920: XX). Su labor como profesora ocupa un espacio considerable dentro de la prensa andaluza y, por lo tanto, dentro del “Homenaje sentimental”. Esta centralidad no ha sido casual, y esto lo demuestran las palabras de Antonio Sarazá Murcia, secretario de la Sociedad de Arqueología de Córdoba:

Al dar cuenta a los lectores del *Boletín de la Sociedad de Arqueología* de tan sensible pérdida, no pretendemos juzgar su obra, cosa que dejamos para los eruditos o los fatuos [...]. Sus lecciones en la cátedra tenían el atractivo de la amenidad, y sabía exponer las cuestiones más áridas, con tanta sencillez y donaire, que las hacía comprensibles y agradables a los entendimientos menos dispuestos. La riqueza de sus conocimientos y el don de transmitirlos a los demás se apreciaba, aun mejor que en sus escritos, en su amena conversación (Cobos Losúa, 1920: XVIII-XIX).

El “Homenaje Sentimental” no pretende ofrecer un análisis crítico de los textos que aparecen en *Reino de ensueño*, sino más bien un tributo personal, social e intelectual del recorrido académico de la escritora y, además, una enorme gratitud por la gran herencia que dejaba tanto a sus alumnas como a la sociedad.

2.1. TEMÁTICA Y ESTILOS EN *REINO DE ENSUEÑO*

Cuando Amantina Cobos decidió recopilar la obra literaria de su hermana decidió tratarla como “manejo de flores, como puñado de gemas” que ella reunió “sin plan, ni método” puesto que “nunca el idealismo pudo encerrarse en las exactas líneas de una rígida figura geométrica, ni se acomoda el dolor a los estrechos límites de la humana lógica” (Cobos Losúa, 1920: VI). Efectivamente, el orden elegido en la publicación no refleja la disposición cronológica en la que aparecieron los artículos en los periódicos, pero sin embargo siguen una organización temática bastante coherente. Como subraya Tirso Camacho con un artículo en el *Noticiero Sevillano* del 11 de junio 1921:

Reino de ensueño es un conjunto de fragmentarias piezas literarias, de inestimable valor estético y cultural, en el que se cumple el sabio precepto latino del “docere flectere”; es un prodigioso mosaico de artículos literarios, históricos, novelescos, impresiones de viaje, llenas de vida y de color, y conferencias de sociología y de arte, donde no se sabe qué admirar más, si la soberana erudición y enseñanza científica unida al elevado pensamiento de la malograda escritora, o su admirable y maravillosa forma (Cobos ed., 1922: 27).

El libro se puede dividir en cinco bloques temáticos, caracterizados por el argumento y el estilo que se aprecia en cada texto. La gran variedad literaria que presentan los escritos de Olimpia Cobos Losúa demuestra su capacidad de manejar y transmitir el conocimiento, distintivo que recalcan sus contemporáneos en los homenajes póstumos. Estos tributos forman el primer bloque temático, que no salen de la pluma de la escritora, sino que son apreciaciones y juicios sobre ella. Este apartado se denomina *Homenaje sentimental* y en él:

D^a Amantina Cobos, a guisa de corona fúnebre dedicada a su hermana amantísima, ha recopilado también en el volumen a que nos referimos, avalorándolo más de este modo, los artículos necrológicos dedicados por la Prensa a la malograda escritora y los juicios críticos que de sus obras formularon notables literatos y hombres de ciencia. Esta corona fúnebre llena de merecidas alabanzas, de justos elogios, de verdaderas elegías a la prematura

muerte de una mujer ilustre, honra y legítimo orgullo del feminismo español, constituyen el broche de oro que encierra el primoroso libro donde se hallan recogidas las luminosas ideas y reflejados los hermosos sentimientos de un cerebro privilegiado y de un corazón magnánimo y noble (Cobos Losúa, 1920: XXII).

Esta sección sirve para introducir y presentar a Olimpia Cobos como escritora e intelectual, ya que las consideraciones críticas y las reseñas las recopiló su hermana dos años más tarde, en 1922, con una publicación, de pequeña tirada, que salió también de la imprenta de la Escuela Profesional Salesiana con el título *Del libro de Olimpia Cobos* (1922).

Con el segundo bloque temático empieza la obra literaria de Olimpia Cobos y se titula *Reino de ensueño*, del que forman parte cuatro cuentos: *Reino de ensueño*, *El más allá de la materia*, *Bienaventurados los que lloran* y *A través de los tiempos*. Los relatos de esta sección tienen carácter alegórico y presentan una moral final que ayuda a comprender y adentrarse en el mundo ideológico de la autora. *Reino de ensueño* fue publicado como relato en el *Diario de Córdoba* el 3 de octubre de 1919 con una dedicatoria para su hermana Amantina. El cuento está ambientado en la corte francesa de Felipe V, el 25 de agosto, día de San Idelfonso. Las largas descripciones del ambiente de la corte y de la fiesta enmarca la narración de la historia de Diana D'Arnon, sobrina del conde D'Arnon y gran protagonista de la celebración.

El elemento alegórico no tarda en llegar: al salir de la fiesta, Diana pasea hasta encontrar “La Fuente de las Ranas” en la que se desarrolla el primer encuentro mágico de la noche. Las ranas que ocupan el agua de la fuente entonan un canto en el que anuncian que su “imperio en breve desaparecerá al mostrar la Aurora sus rojos velos” (Cobos Losúa, 1920: 3) incitándola a seguir su ruta para aparecer al siguiente día “mil veces más hermosa”. Llegando a la segunda plaza, Diana se encuentra con otra fuente con varias estatuas de bronce, pero faltaba una. Las figuras de bronce la invitaban a entrar para “vivir eternamente la vida inmaterial bajo insensible cubierta de bronce” (Cobos Losúa, 1920:4). El 20 diciembre 1920 Fernando de los Ríos y de Guzmán publica en el *Noticiero Sevillano* un breve comentario crítico al

libro de Olimpia Cobos en el que reconoce en este cuento las leyendas del poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, *Los ojos verdes* (leyenda 3) y *El rayo de luna* (leyenda 6). Las descripciones de la naturaleza en la que se mueve Diana D'Arnon y su relación con Felipe V, recuerdan al amor de Manrique hacia la desconocida mujer de la *Leyenda 6*, pues las dos están envueltas en el misterio y captan la atención de los dos amantes mortales. Sin embargo, la relación intertextual más interesante es con la *Leyenda 3*, teniendo en común el motivo alegórico del agua como entidad reveladora:

La noche comenzaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven, ven... [...] Ven... y la mujer misteriosa lo llamaba al borde del abismo donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso... Fernando dio un paso hacia ella..., otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre. Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas (Bécquer, 2005).

Las relaciones que *Reino de ensueño* establece con otras obras clásicas y modernas refuerzan las palabras que intelectuales, escritores y poetas dedicaron a Olimpia Cobos, demostrando su gran conocimiento de la literatura europea y su habilidad de escritora. Además, se inserta dentro de la corriente literaria del momento, que miraba a autores clásicos y románticos como fuente de inspiración. No es casual que dedique este cuento con aires bequerianos a su hermana, ya que ella también era una gran admiradora de su obra. Tanto es así que en 1936 participa en el homenaje que se celebra en Sevilla y, también, ofrece una conferencia sobre el poeta. Del mismo modo, la influencia de Bécquer recae sobre Amantina, percibiéndose, sobre todo, en su poesía. Este estilo literario compartido entre las hermanas propició la dedicatoria y, también, que Amantina lo eligiera como título del volumen de toda la publicación.

El más allá de la materia y Bienaventurados los que lloran son dos breves relatos que ocupan la parte central de este bloque temático. Comparten una característica esencial: hay un fuerte elemento moral que es la base y el propósito de toda la narración. El primero es un cuento de costumbres romanas, ambientado en Mérida (Emérita Augusta) que pone de relieve la cercanía con las fuentes clásicas. Su ubicación permite conectar con la propia experiencia de la escritora que, como se ha visto, vivió en la ciudad durante algunos años. También la elección del tema parte de su interés por la historia y denota su vasta cultura.

Lenia, una de las mujeres más hermosas de la antigua ciudad, es la protagonista de un gran dilema moral. Dividida entre el amor del escultor Cayo Drusilo que “no era hermoso; su cuerpo era quizás demasiado débil; pero en sus ojos brillaba ese destello divino que hace a los hombres inmortales: el genio” y el gladiador Nordes cuyos “músculos de acero parecían forjados en la fragua de Vulcano y sus facciones, hermosamente fieras, tenían un sello de vulgaridad bestial” (Cobos Losúa, 1920: 7), Lenia no supo reconocer las virtudes más puras de un hombre. La cortesana, fascinada por el gladiador, se convierte en víctima de esta “vulgaridad bestial”, perdiendo su espacio en la sociedad y su fuerza, mientras Cayo Drusilo pensaba en “aquella mujer, cuyo espíritu, de la más grosera vulgaridad, no era capaz de descubrir en el ser humano el más allá de la materia” (Cobos Losúa, 1920: 7). Nordes y Lenia tienen en común una trivialidad moral que le impide disfrutar de los buenos sentimientos y de la vida en la ciudad.

La falta de valores morales es el centro neurálgico también en *Bienaventurados los que lloran...*, relato ambientado en el castillo de Valdear, una mansión cerca de la vía compostelana, en el que vive la condesa Colomba. La narración se desarrolla en torno a grandes descripciones de las salas del castillo y de los peregrinos que, cada noche, la condesa acogía y con los que entretenía con profundas conversaciones. En la primera parte del cuento, Colomba se caracteriza por ser una mujer “impulsada por esa otra virtud consoladora” (Cobos Losúa, 1920: 12) que pierde en la parte final. Atormentada por las desgracias de los visitantes desaventurados, la joven asume todas las penas hasta que un día

encontró a viejo peregrino que le trajo en don un frasco del que ella bebió.

Con el pasar de los días la Condesa se volvió menos bondadosa y generosa, dejando atrás el sentido de caridad que siempre tuvo. El relato termina con una breve descripción final, en la que la autora desvela que “el peregrino era Lucífer, y el elixir que bebió la Condesa, el egoísmo” (Cobos Losúa, 1920: 14). *Bienaventurados los que lloran* se presenta casi como una declaración moral en la que se muestra “la profunda cuentista, cristiana, sin fanatismo, sembradora de amor al prójimo y condenadora del egoísmo” (Cobos Losúa, 1922: 9). El sentimiento religioso vuelve en el último cuento de esta sección, *A través de los tiempos. Meditación*, una delicada e íntima descripción de las procesiones del Viernes Santo en Sevilla. La atmósfera solemne del paso de las cofradías del Gran Poder, de la Esperanza de la Macarena resalta especialmente en estas páginas que proporcionan una imagen clara de la tradición de la Semana Santa sevillana. Su hermana también recoge en sus composiciones líricas estas fiestas religiosas sevillanas con títulos como “La salida del Señor del Gran Poder de su iglesia”, “Letanía Lírica”, “Imaginero sevillano”, “Al Cristo de la Expiración del Patrocinio”, “Ante la imagen de la Virgen de la Amargura”, “La virgen azul y blanca”, etc., lo que vuelve a denotar una clara coincidencia entre la obra de ambas escritoras.

El tercer bloque temático recoge los cuatros escritos del *Libro de la vida: Horas maestras, La raíz del bien, Alma de muñeca y Amapolas*. Estas narraciones novelescas tienen un profundo valor moral en el que se aprecia el ingenio literario de la autora que abarca importantes cuestiones éticas y sociales. En *Horas maestras*, la protagonista es Lili Castrosol, una joven aristocrática acostumbrada a todo tipo de lujos y comodidades se enfrenta a las diferencias sociales y económicas dentro de su castillo. Preocupada por el estado de salud de su perro, la marquesa desconocía las condiciones en las que vivían las clases menos favorecidas. Chocándose con la realidad de la servidumbre que vivía en su propio castillo, Lili aprendió que “la misión de una mujer a la que da Dios corazón y capital debe ser algo más noble, más santo y más digno que cuidar y mimar animales de lujo, cuando hay seres desgraciados que se mueren faltos de lo más

necesario” (Cobos Losúa, 1920: 24). En este relato se aprecia la caridad cristiana, elemento clave del feminismo católico que también profesaba Amantina Cobos. El dinero como elemento negativo es un componente recurrente en los relatos del *Libro de la vida*, como en *La raíz del bien* en el que Alexia García de Almenara, “mujer original y caprichosa” (Cobos Losúa, 1920: 29) aprende una lección muy valiosa sobre el altruismo y las acciones desinteresadas cuando Rafael Millares, guarda mayor de “Las Cruces”, le salvó la vida. Para devolver el favor al hombre, Alexia le ofrece dinero, descubriendo una inesperada reacción:

Rafael Millares cogió la cartera dando las gracias y abriendo el brochecillo sacó, uno a uno, cinco billetes de mil pesetas, que arrojó, sobre la mesa, diciendo con altivez: Señora, la vida se da o se regala, pero no se vende; es de Dios que nos la dio y a Él le toca recogerla; a veces se arriesga en un momento necesario, como me sucedió a mí ayer; sin conoceros la expuse una vez, por el deber que tiene todo hombre de amparar y defender a una mujer; hoy que os conozco la daría mil veces, sin otra recompensa, que la satisfacción de haberla dado por vos (Cobos Losúa, 1920: 33).

A lo largo del cuento se asiste a una subversión de los valores éticos de Alexia, siguiendo el patrón de las fábulas clásicas en las que un evento trágico representa el punto de partida para el desarrollo moral de la protagonista. La experiencia vivida la llevó incluso a renunciar al matrimonio con su prometido por no ver en él los valores necesarios que necesitaba ver en una pareja. El aprendizaje de los sentimientos humanos es lo que acompaña también los últimos dos cuentos de este tercer bloque temático, *Alma de muñeca* y *Amapolas*. El primero es un relato muy íntimo sobre los recuerdos infantiles. Está escrito en primera persona como estrategia narrativa para conseguir que las lectoras empaticen más con la historia. De nuevo, el ambiente burgués es el protagonista del relato. La niña descubre que las muñecas no pueden ir al cielo porque carecen de alma. Por ese motivo, encontró en el desván, su sitio predilecto de juegos, una muñeca de su bisabuela que no pudo llevar consigo a la otra vida. Sin embargo, la conducta de su prima le demostró que no solo las

muñecas están privadas de alma. Enriqueta había dejado a su prometido, lleno de valores y virtudes, para casarse con un hombre que poseía mucha fortuna. Esa frialdad que caracterizaba a algunas burguesas, anteponiendo lo económico a lo sentimental, espantaba a la escritora. A pesar de que parezca una crítica a los comportamientos femeninos, la autora evidencia que la educación impuesta a las jóvenes es un gravamen que la sociedad tiene que pagar porque las enseña a fijarse solo en un bienestar que depende, exclusivamente, de la fortuna y clase social de su esposo. Olimpia, que mejoró su economía, su prestigio y su cultura con su formación y su trabajo se veía alejada de esas prácticas y las rechazaba en sus escritos, fomentando la autonomía económica y emocional de las mujeres tanto en sus textos como en sus alumnas.

El segundo, *Amapolas*, vuelve a tratar el tema del dinero y de la elección del matrimonio por conveniencias monetarias y sociales. En esta ocasión, el frívolo es el prometido que abandona a su novia cuando el padre pierde su fortuna. Olimpia describe continuamente la hipocresía de la sociedad burguesa, centrada solo en sus diferentes intereses (financieros y de prestigio social) y dejando a un lado otras cuestiones vitales mucho más trascendentales. Evidencia cómo estas actitudes dañan a las personas y constituyen el gran mal de esta clase social. Destacan dos detalles de este relato: por una parte, la capacidad de la protagonista para afrontar las adversidades, asumiendo que ese fin tenía una parte positiva puesto que descubrió el verdadero espíritu del joven que se iba a convertir en su futuro marido.

Por otra parte, en las descripciones de la infancia se aprecia la constante supervisión de las niñas, adolescentes y jóvenes de las institutrices que limitan la libertad y curiosidad de las mujeres. La educación que les daban les privaba de imaginación, negando cualquier actividad que fomentara la fantasía. Sin embargo, la protagonista muestra la necesidad que tenía de desarrollar su inventiva y, también las ganas de conocimiento y formación, interesándose por todo lo que estaba relacionado con la historia. Además, la lectura se presenta como un elemento clave que la aleja del mundo rígido y restrictivo de la institutriz y la acerca a la felicidad:

Sentada en el suelo, en el interior de uno de los bosquecillos, Rina dejaba que su imaginación, que parecía hecha de alas de mariposa, volase a su antojo. ¡Qué bien se encontraba allí! Para ella existía un mundo ignoto y misterioso, como el de los cuentos que tanto le gustaba leer (Cobos Losúa, 1919: 44).

La cuarta sección del libro se tituló *Impresiones de viajes* y en ella se recopilan algunos de los escritos sobre las excursiones con la Sociedad de Arqueología de Córdoba, las estancias en Sevilla y los pequeños viajes que hizo. Los cuentos de *Paisajes y recuerdos* sugieren una cierta organización estructural interna común, desde los títulos hasta el desarrollo de la narración. En el primero de ellos, *La ciudad medioeval*, se refleja plenamente el título de la sección, ya que Olimpia Cobos deja al lado las descripciones geográficas e históricas para “expresar sencilla y espontáneamente las impresiones que en esta peregrinación artística recibe mi espíritu” (Cobos Losúa, 1919: 51). A pesar de esta declaración inicial, la autora alardea de sus conocimientos artísticos y culturales, puesto que son estos los que determinan el proceso emocional que ella percibe a la hora de observarlos, como se puede apreciar en la descripción de la basílica de San Vicente en Ávila:

Otro de los monumentos que por sí solo bastaría para que Ávila fuese visitada por los amantes del arte, es la basílica de San Vicente, de estilo románico. En esta iglesia llama poderosamente la atención del visitante una bellísima puerta de parteluz con elegante archivoltas, cuyos perfectos y primorosos adornos recuerdan el estilo bizantino. La disposición del pórtico que precede a esta entrada de la iglesia semeja al nártex de las iglesias bizantinas, con dos capillas laterales, que, según la tradición, estaban destinadas a los catecúmenos. En el interior está el suntuoso sepulcro de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristela, también de estilo románico como la iglesia que lo encierra (Cobos Losúa, 1919: 52).

Las palabras escritas en ocasión de su viaje a Ávila esconden la profunda sensibilidad artística de Olimpia Cobos que se manifiesta también en el relato siguiente, *La ciudad olvidada*. Si las descripciones dedicadas a la ciudad de Santa Teresa se centran

en los lugares de interés principalmente religioso, las que se encuentran en la narración de Segovia presentan otras características:

Hay en la vieja Castilla una ciudad silente y olvidada, cuyos antiguos monumentos son otras tantas páginas de piedra, donde la historia y la leyenda han escrito con caracteres los impecederos recuerdos de razas y dinastías, de grandeza y poderío, de fe y religiosidad. Yo he recorrido sus calles intrincadas y laberínticas como de ciudad moruna, estrechas y tortuosas, cuyas pendientes escaleras semejan el camino de florido carmen (Cobos Losúa, 1919: 55).

La diferencia entre las dos piezas de *Paisajes y recuerdos* reside en la elección de los objetos narrativos: por un lado, la dimensión más íntima de los lugares de culto y la conexión con la religiosidad y, por otro lado, una dimensión más personal en la que se puede valorar la minuciosidad con la que delinea los elementos históricos de la ciudad. El siguiente texto es *Excursión a Sto. Domingo de Silos*, una descripción del monasterio castellano en el que se manifiesta su interés hacia la arquitectura y la historia del arte, que además la llevó a formar parte de la Sociedad de Arqueología de Córdoba. El bloque temático de las narraciones de viaje se cierra con una carta personal inédita que Amantina Cobos incluye en el libro “por su amenidad y galanura de estilo” (Cobos Losúa, 1920: 66). Está relacionada con el escrito anterior, ya que se centra en el relato personal de la experiencia en Silos. Esas dos últimas contribuciones representan dos caras de la misma medalla. La *Excursión a Santo Domingo de Silos* evidencia las características culturales, históricas y artísticas del lugar, mientras en *Una carta* manifiesta sus impresiones personales y su mundo interior.

Su compañera de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, Carmen de la Vega Montenegro, que también cursaba la sección de letras, descubrió las influencias en sus escritos de los múltiples viajes que realizó, destacando su origen natal y la región andaluza:

El origen castellano y la convivencia sevillana influyeron en Olimpia Cobos Losúa hasta el extremo que delata su obra literaria. El hábito melancólico lo tomó bajo la sombra del monumento a Bécquer, leyendo sus rimas; el colorido de sus cuadros en el gayo esplendor de Andalucía; la médula de sus sentimientos en las místicas ciudades de Castilla (Cobos ed., 1922: 23).

Sin embargo, en estos bloques temáticos se ha podido comprobar, por un lado, su espíritu viajero que le hizo recorrer y visitar casi todas las provincias de España (algo inusual para una mujer de principios del siglo XX) y, por otro, su admiración por la historia y la belleza que la llevó a coger la pluma para plasmar sus impresiones.

El quinto y último bloque temático, denominado *De sociología*, recoge los artículos sobre cuestiones actuales y sociales, publicados en el *Diario de Córdoba* entre mayo 1918 y abril 1919. El orden que Amantina Cobos propone para esta sección no se corresponde al orden de aparición de los artículos en los periódicos. Los escritos de este apartado son los que mejor representan la ideología política de Olimpia Cobos Losúa, así como su activismo en temas de igualdad de derechos y lucha de clase. *La cuestión palpitante. Derechos y deberes* es “un hermoso artículo [...] lleno de patriotismo consciente” (Cobos Losúa, 1922: 12) en el que aborda el tema de las desigualdades sociales y económicas que afectan a la clase obrera, apuntando a la necesidad de un cambio en la sociedad española:

Es necesaria una aproximación de clases; es preciso borrar las ideas erróneas sembrada en el pueblo y sustituir las con otras claras, precisas y verdaderas, para que este pueblo, ampliamente, sólidamente y patrióticamente educado, sea un elemento preciso y de inestimable valor en la obra magna del resurgimiento nacional (Cobos Losúa, 1922: 71).

Los textos sociológicos de la escritora empezaron a ocupar las páginas del *Diario de Córdoba* con cierta frecuencia, proponiendo debates en los que participaron escritores y periodistas. *La mujer española en los actuales momentos* es, sin duda, una de sus aportaciones más interesantes. Publicada en dos

partes, la primera el 5 de abril de 1919 y la segunda el 9 de abril de 1919, es un “trabajo razonadísimo, escrito briosamente en pro de la cultura femenina, único medio de liberación de la mujer” (Cobos Losúa, 1922: 12). El texto presenta un exhaustivo análisis sobre las desigualdades entre hombre y mujeres, mirando al feminismo como:

la aspiración que debe tener toda mujer a conseguir una personalidad definida, y sin dejar de ser mujer, o sea dentro de la feminidad propia de su sexo, demostrar que el constituir la mitad de la humana sociedad tiene derecho a tomar una parte activa en todo aquello que al mejoramiento social se refiere, dejando de representar ese ridículo papel de figura decorativa que le está asignado y que los atavismos, las costumbres, la indolencia y la abulia le impide cambiar por otro más digno, más útil y más humano, que redunde en beneficio para sí, para la familia y para la patria (Cobos Losúa, 1920: 74).

La escritora insiste en la necesidad de igualdad de condiciones sociales y culturales entre mujeres y hombres, puesto que las primeras no solo están capacitadas igual que los hombres, sino que su entrada en el mundo laboral y educativo es una etapa que se presenta necesaria para la sociedad española. En la segunda parte del artículo identifica los dos errores principales “que combaten la cultura femenina” (Cobos Losúa, 1920: 81): el primero es suponer que la instrucción femenina es sinónimo de un desinterés por el ámbito familiar, el segundo es el miedo a que las mujeres instruidas puedan “invadir el terreno que al hombre pertenece” (Cobos Losúa, 1920:81). Olimpia Cobos Losúa desmonta estos prejuicios, identificando el hogar como el primer lugar de aprendizaje de los niños y de las niñas y, por consiguiente, la necesidad de que las madres sean instruidas para colaborar con la educación, el desarrollo y la formación de los hijos e hijas. Esta idea se asemeja a las propuestas por la Institución Libre de Enseñanza, con la que estuvo en contacto en sus años de formación en Madrid.

El libro se cierra con dos *Cuestiones trascendentales*: se trata de dos artículos que abordan temas sociales muy complejos, como la pobreza infantil y la falta de recursos culturales en la

ciudad de Córdoba. Las dos aportaciones no solo presentan un estudio sociológico sobre cuestiones sociales relevantes, sino propuestas activas para solucionarlas, contribuyendo a la creación de un debate público que tuvo lugar en las páginas de los periódicos locales entre mayo y junio 1918. En la *Mendicidad infantil* fomenta la constitución de una fundación para los menores sin recursos económicos, que llamaría Casa de trabajo:

En Córdoba hay hombres de corazón y de dinero capaces de emprender una obra tan socialmente útil, y en esa Casa de trabajo se daría educación y alimento a los desheredados de la fortuna, con preferencia a los huérfanos, a los chicos del arroyo, y se experimentaría una satisfacción honda, grande y noble al considerar restada al vicio un número de semejantes, por corto que este fuera. Todos tenemos la obligación de cooperar a esta acción social y yo soy la primera que acudiría al llamamiento, sin desear ni pedir otra recompensa que la satisfacción íntima que produce siempre el cumplimiento del deber (Cobos Losúa, 1920: 88).

Esta apelación a los cordobeses llamó la atención de León Rodríguez Calero, que el 27 de junio de 1918 publicó en el *Defensor de Córdoba* un artículo titulado *De sociología trascendental*, con claras referencias a la propuesta de Olimpia Cobos Losúa. El intelectual defiende el artículo de su compañera, del que comparte tanto las palabras como las acciones:

El que subscribe estas líneas tiene el honor de asociarse al ofrecimiento desinteresado de la señorita Cobos, llevando su grano de arena con sus conocimientos y cuanto le sea posible y compatible con su ministerio si, como es de esperar, prospera el proyecto y se convierta en realidad (Rodríguez Calero, 1918).

Las propuestas sociales de la estudiosa recibían mucha atención tanto en los periódicos como en la administración local, como el caso del artículo *Bibliotecas comunales. Bibliotecas al aire libre*, publicado el 20 de mayo de 1918 en el *Diario de Córdoba*. En esta ocasión expresa la necesidad de replicar el modelo sevillano de las bibliotecas comunales y abrir nuevos

espacios culturales en los pueblos, incluyendo siempre una perspectiva de clase en sus observaciones:

Si una vez terminada la guerra, la industria española alcanzara, como es de esperar, un gran desenvolvimiento, es natural exigir que los obreros progresen en sus artes e industrias, y este progreso tiene que ser el resultado de una elaboración mental del individuo mediante el estudio; pero ¿cómo se va a exigir a un obrero que gana cuatro o cinco pesetas diarias, que gaste ocho o diez en un libro? No, no es posible, los jornales no permiten estos dispendios, y como el obrero no puede adquirir libros, es necesario proporcionárselos, que a veces dar un libro es una limosna más grande, más santa, que dar un pedazo de pan, pues según dijo Jesucristo: “No solo de pan vive el hombre” (Cobos Losúa, 1920: 91).

Esta propuesta bebe de la Biblioteca Popular que se realizó en el sevillano barrio de Triana y en el que participó su hermana con la donación de libros. Olimpia solicita tanto a los cordobeses recursos como a las instituciones su implicación para emprender esta iniciativa. Las reflexiones en torno a la instalación de nuevas infraestructuras públicas y gratuitas fueron objeto de discusión en una sesión comunal -publicada el 21 de mayo de 1918- en la que se cita el artículo de Olimpia Cobos Losúa y se hace un llamamiento a la prensa para que “abriese una consulta pública para que el vecindario determinase los libros que hubieran de figurar en la expresada biblioteca” (S/F, 21 de mayo de 1918: 1). Como se puede apreciar, los debates generados por los artículos de la estudiosa e intelectual andaluza plantearon diversos cambios en la organización y administración comunal.

3. CONCLUSIONES

Como se ha podido comprobar, Olimpia Cobos desarrolla una escritura tanto literaria como periodística que se caracteriza por la diversidad de géneros que practica y también por su tono comprometido y social. En el periódico de *La Unión* se describió el estilo de la escritora como “prosista galana, conocedora de todos los secretos del lenguaje, su manera de escribir se mantuvo en un prudente término medio: ni doctamente castiza ni

exageradamente ultra.” (Cobos ed., 1922: 14). Incluso, Ricardo de Montis la eleva a la altura de las grandes escritoras de la historia de la literatura española:

La Srta. Cobos Losúa dominaba el idioma castellano de la manera prodigiosa que Fernán Caballero y escribía con su misma *difícil facilidad*; poseía conocimientos tan profundos como Concepción Arenal y sus obras están impregnadas de una delicadeza, de un sentimentalismo como los que se aspiraban en las de Rosalía de Castro (Cobos ed., 1922: 5).

Tampoco se escatima en presentarla y definirla como una “de las profesoras Normales más cultas de España y una realidad de nuestras letras” (Cobos ed., 1922: 30). Su itinerario como escritora y como profesora se vinculan uniendo ambas profesiones. Por un lado, la preocupación de la educación y formación de la mujer ocupa sus artículos periodísticos y sus cuentos y, por otro, la literatura fue la herramienta que ofreció a sus alumnas para crecer y desarrollarse como mujeres independientes y emancipadas. Sus cualidades como oradora y educadora también las describió Luisa Pérez de Luque, incidiendo en su personalidad, en sus valores y en su ideología como el motor imprescindible que propiciaba el aprendizaje como la admiración de las personas que la escuchaban:

Respecto a sus cualidades morales, es imposible que una imaginación torpe pueda describirlas; eran complejas y hermosas; poseía un corazón generoso y benévolo; sus trabajos literarios están impregnados en la más fervorosa religión cristiana; además, su conversación atractiva y sus ademanes distinguidos, bien delataban a la mujer toda espiritual, toda inspiración; su voz, apacible y sonora; sus palabras, cariñosas y didácticas, penetraban en el alma de cuantos tuvieron la honra de escucharlas, como un poder misterioso, que prestaba fuerza, resolución y entusiasmo a quien, sumergido en el abismo de la ignorancia, tratase de trepar por la cumbre de la cultura (Cobos ed., 1922: 14).

Varias de los artículos que se publicaron tras su fallecimiento eran de intelectuales que, al recordar su talento y erudición,

pidieron una calle en Córdoba con el nombre de la escritora. Entre ellos estaba Luisa Pérez de Luque y Fernando de los Ríos y, ahora, un siglo después, nos unimos a esta petición para que su labor y su literatura no caiga en el olvido:

Y ahora es ocasión de que la ciudad de la Mezquita enaltezca el nombre de la malograda ensoñadora de los ojos de noche, cuyo negror traslúcido, mejor que la Historia, atestiguaba la larga permanencia de los árabes en el suelo español; de la enamorada de la civilización arábiga, a quien debe gratitud la cultura cordobesa. Córdoba debe rotular una de sus calles con el nombre de Olimpia Cobos (Cobos ed., 1922: 7).

Como cierre de esta introducción crítica sirva el tríptico de sonetos que le escribió María Tixe de Isern, poeta sevillana también desconocida. Esta composición literaria evidencia, por un lado, las redes entre las mujeres intelectuales y, por otro, que la crítica realizada entre ellas se distancia mucho de las que elaboraron sus contemporáneos masculinos, puesto que su elogio se centra en tres puntos (su inteligencia, su corazón y su virtud) que realzan las aportaciones a la cultura y a la educación realizada por Olimpia y deja de lado otros detalles insignificantes para apreciar su contribución que están asociados a la feminidad.

EN MEMORIA
DE LA INSIGNE PROFESORA Y VIRTUOSA LITERATA
OLIMPIA COBOS

(TRÍPTICO)

I

Su inteligencia

Olimpia, en el albor de la existencia,
por Sol de eterna luz fue iluminada;
y en el acto su alma es adornada
de Numen especial... germen de CIENCIA.
Y en edad bien ajena de experiencia.

Niña aún, cual *Modelo* es admirada,
y en las aulas, su mente es reputada
por *lumen* de seráfica influencia.
Luego, en mujer la niña convertida,
de ínclitas perfecciones investida,
de su vergel con flores nos perfuma:
del saber y las letras Profesora,
nos dejó en su Preludio de Escritora
¡Páginas bellas... que trazó su pluma!

II

Su corazón

Era su corazón joyel valioso,
donde gran caridad, fuego divino
llamas de amor alzaba de continuo
hasta el Solio del Todopoderoso.
Secando el llanto del menesteroso,
con efluvios de Gracia del Dios Trino
alumbraba del mundo al peregrino
de su ingenio con rayo luminoso.
Y para socorrer toda indigencia
el corazón pidió a la inteligencia
hollar de sus alumnas la ignorancia:
y del saber con los preciados dones
aquellos juveniles corazones
llenaba de suavísima fragancia.

III

Su virtud

La literatura de elevados vuelos,
tan docta en letras y en filosofía;
su afán era, ocultar lo que valía,
¡De la Humildad! envuelta en densos velos.
Carismas especiales de los Cielos,
por su Ángel tutelar, Jesús le envía;

y con ellos, Olimpia al Bien corría...
Cual corren hacia el mar los riachuelos.
Al ver tan linda Flor, la Inmaculada,
trasladarla mandó a falange alada,
al escabel del Trono de su Hijo...
Y la fragante Flor del suelo hispano
las Plantas hoy perfuma al Soberano
¡Besándolas... con dulce regocijo!

María Tixe de Isern

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Administración de Justicia, de 25 de febrero de 1963, Juzgados de Primera Instancia e Instrucción. *Boletín Oficial del Estado*, 48. Recuperado de <https://www.boe.es/boe/dias/1963/02/25/pdfs/A03224-03227.pdf> [fecha de consulta: 22/02/2023].
- BÉCQUER, Gustavo (2005). *Rimas y Leyendas*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Edición digital basada en la 4ª ed. de Madrid, Espasa-Calpe, 1941, (Colección Austral; 3). Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/rimas-y-leyendas--0/html/> [fecha de consulta: 17/05/2023].
- BLASCO, Inmaculada (2006). “Feminismo católico”. En G. Gómez-Ferrer, G. Cano, D. Barrancos y A. Larin (eds.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Del siglo XX a los umbrales del XXI* (pp. 55-76). Madrid: Cátedra.
- CAPDEVILA-ARGÜELLES, Nuria (2021). *El regreso de las modernas*. Madrid: La Caja Books.
- COBOS LOSÚA, Olimpia (2020). *Reino de Ensueño*. Sevilla: Escuelas Salesianas.
- COBOS LOSÚA, Olimpia (24 de octubre de 1918). “Las fiestas del espíritu”, *Diario de Córdoba*, p. 2.

- COBOS LOSÚA, Olimpia (28 de mayo de 1918). “Una exposición”, *Diario de Córdoba*, p. 1.
- COBOS, Amantina (ed.) (1922). *Del libro de Olimpia*. Sevilla: Escuelas Salesianas.
- DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN, Fernando (28 de junio de 1929). “Pintores Andaluces. Manuel Villalobos Díaz”. *El Noticiero sevillano*, p. 1.
- FERRER C. MAURA, Salvador (1975). “La Escuela de Estudios Superiores del Magisterio (1909-1932)”. *Historia de la Educación en España. Revista de Educación*, nº 240, pp. 41-50.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a Encarnación (1988). *Sociedad y educación en la España de Alfonso XIII (1902-1931)*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M^a Encarnación (2018). *Carmen Cuesta del Muro: pasión entre llamas*. Madrid: Narcea.
- MANGINI, Shirley (2001). *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de Vanguardia*. Barcelona: Ediciones Península.
- PÉREZ DE LUQUE, Luisa (21 de enero 1925). “Otro libro de Amantina Cobos”. *La voz: diario de información*, p. 5.
- PÉREZ GONZÁLEZ, Eugenio (1982). *El magisterio sevillano a comienzos del siglo XX*. Sevilla: Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Sevilla.
- RODRÍGUEZ CALERO, León (27 de junio de 1918). “De sociología trascendental”, *El defensor de Córdoba: diario católico*, p. 1.
- RUSS, Joanna (2018). *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*. Sevilla: Editorial Dos Bigotes y Editorial Barret.

HEMEROGRAFÍA SIN FIRMAR⁹

- “Sección de Fomento. Negociado de ferro-carriles”. (4 de julio de 1870). *Boletín Oficial de la Provincia de Palencia*, p.4.
- “Escándalo en Roma”. (5 de enero de 1882). *El siglo futuro*, p. 1.
- “Intereses generales”. (4 de octubre de 1885). *El papa-moscas. Periódico sui generis*, p. 3.

⁹ Los artículos de periódicos sin autor aparecen en las citas como S/F (sin firmar).

- “Examen para ingresar en al personal de obras públicas” (7 de noviembre de 1890). *Boletín Oficial de la Provincia de León*, p.1.
- “Noticias”. (23 de mayo de 1904). *El Noticiero Extremeño*, p. 2.
- “Noticias” (24 de mayo de 1906). *El Noticiero Extremeño*, p. 2.
- “Noticias” (27 de junio de 1906). *El Noticiero Extremeño*, p. 2.
- “Oposiciones. Universidad de Sevilla” (12 de abril de 1910). *El Magisterio español: revista general de la enseñanza*, p. 5.
- “Nombramientos” (5 de julio de 1910). *El Magisterio español: revista general de la enseñanza*, p. 6.
- “De instrucción pública. Sección informativa” (9 de octubre de 1911). *El Correo Español*, p.3.
- “6 julio – RROO” (22 de julio de 1915). *El magisterio español: Revista general de la enseñanza*, p. 4.
- “Asuntos de personal. Anuncios de vacantes” (24 de enero de 1917). *Suplemento a La Escuela Moderna*, p.5.
- “La sesión municipal de ayer”. (21 de mayo de 1918). *El diario de Córdoba*, p.1.

CRITERIOS DE EDICIÓN

La presente edición se ha realizado siguiendo la única publicación de *Reino de Ensueño* (1920). Se ha eliminado la parte introductoria del homenaje sentimental que recopilaba todos los recuerdos y homenajes que se publicaron en la prensa por diferentes personalidades del momento. Los fragmentos más destacados y que aportan información valiosa tanto de la escritora como de su obra han servido para redactar la parte introductoria. Los escritos de Olimpia aparecen con el mismo orden y dividido en las mismas secciones que dispuso su hermana Amantina Cobos. Se han enmendado algunas erratas, signos de puntuación, tildes y, en definitiva, todas aquellas correcciones que implicaran una actualización gramatical que se ajustara a las normas vigentes. Las expresiones y palabras extranjeras que la autora resalta en cursiva se han mantenido. En los títulos de algunos fragmentos, los que se han encontrado en prensa, se ha añadido, como nota a pie de página, el periódico y la fecha de publicación.

REINO DE ENSUEÑO

Olimpia COBOS LOSÚA

REINO DE ENSUEÑO

REINO DE ENSUEÑO¹⁰

*Para mi querida
hermana Amantina.*

Damitas de altos peinados y puntiagudas cotillas, cuyos esbeltos cuerpecitos tienen el andar vacilante y saltarán del pajarillo sobre cimbreante rama: la seda de sus vestidos se pliega en los *panniers* y cae ondulosa hasta los chapines de raso de dorado tacón. Ocultan sus rostros bellos y aniñados tras las afiligranadas varillas de primorosos abanicos, cómplices y confidentes de emboscadas amorosas y frívolos discreteos.

A su lado caminan elegantes aristócratas de bordada casaca y corto calzón; los vuelos de sus mangas y chorreras son primorosos detalles del lujo afeminado de una corte que sustituyó con ricas telas las férreas armaduras, y con intrigas políticas los triunfos de la espada. No calzan espuelas de cortante acero; llevan ricos zapatos de encarnado tacón, cuyas doradas hebillas están cubiertas de pedrería.

Es el 25 de agosto; la corte afrancesada del primer Borbón celebra en los jardines versallescos del Real Sitio de S. Ildefonso, el santo de su Rey.

Por doquiera se ven fantásticas iluminaciones en los prodigiosos jardines: millares de luces encerradas en globos de pintada seda y centenares de lamparitas de plata, aparecen pendientes de los árboles y, entre el césped y las flores se han ocultado infinidad de vasos de distintos colores que dan la impresión de monstruosas luciérnagas. En los bosquecillos y entre la espesura los músicos tocan las piezas más escogidas de su repertorio.

.....
Terminó el *minué*. El rey, bondadoso y galante como en sus

¹⁰ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 3 de octubre de 1919.

juventudes, felicita y obsequia espléndidamente a los bailarines y ofrece el brazo, para conducirla a su sitio, después de prodigarle lisonjeras frases, a la damita que más se distinguió. Nadie la conoce: llegó de Francia hace dos días acompañada de un viejo aristócrata que dícese su deudo y fueron presentados al Rey por el embajador francés.

Felipe V, nostálgico de su patria, siente placer al favorecer a todo el que llega del amado país, y recibe y agasaja, con su proverbial generosidad, al conde D'Arnon y a su bella sobrina Diana.

La distinción que el rey concede a la joven, su belleza y el incógnito que le rodea, contribuyen a su triunfo, y Diana D'Arnon es aquella noche, después del Rey, el personaje más importante de la fiesta, y recibe plácemes, adoraciones y galanterías, que despiertan borrascas de oculta envidia y tempestades de reprimidos celos.

.....
Las últimas cadencias de la música se pierden en el aire; los relojes de palacio marcan la una de la mañana y el Rey da la señal de partir. Hay un momento de confusión; pero la comitiva se ordena y parte en dirección al palacio, abandonando el bello salón que se denomina «Las Ocho Calles».

Oculta en un bosquecillo está la damita misterios; aprovechando la confusión de la marcha retiróse a aquel lugar, donde está emboscada. Tal vez espera algo.

Las luces comienzan a apagarse, cesa el ruido, los criados recogen las ricas alfombras y los dorados sitiales; todo queda en silencio.

Diana D'Arnon sale del bosquecillo y toma una de las cercanas alamedas; en breves momentos se encuentra en una plazoleta en cuyo centro hay una fuente; es “La Fuente de las Ranas”. Sumergidos en las plateadas aguas se ven a los animalitos de bronce, unos con su forma real, otros vestidos con caprichosos trajes de la época. La damita mueve sus labios, tal vez musita un

conjuro. La luna se oscurece tras un nubarrón; se oyen chapoteos en el agua, y las ranas, recobrando su forma vital, saltan a tierra, y, rodeando a la encantadora, entonan un extraño canto:

«¡Bienvenida seas, reina de la noche y de la hermosura!»

«Tu imperio en breve desaparecerá al mostrar la Aurora sus rojos velos.»

«Hundirás hoy tu pálido rostro en el mar.»

«Y aparecerás mañana mil veces más hermosa.»

«Para presidir con tu séquito de mariposas blancas.»

«Las fiestas de los seres invisibles pobladores de la noche.»

Dentro de breves instantes amanecerá y el encanto quedará deshecho. Abandona la damita a las ranas, que recobran su antigua figura, y precipitadamente toma el paseo que tiene delante. ¡Ay! que va fatigada; sus altos tacones dorados, apenas tocan la tierra que besan las ondas de seda de su traje; su corpiño rosa, bordado de oro, se levanta a impulsos de los latidos de su corazón. Llega a una segunda plazoleta, donde hay una fuente con muchas figuras; pero aquella noche falta una, y esa, es la de la propia Diana, que da nombre a la fuente.

A la vista de la damita las ninfas de bronce que juegan dentro del agua con fantásticos animales se yerguen y saltando a la tierra dicen con voz dulce y melodiosa:

«Hermana y reina nuestra, ¡ven!»

«No abandones tu reino misterioso e ignoto por el deleznable de los mortales.»

«Un capricho te hizo vivir unas horas fuera de la naturaleza divina.»

«Vuelve otra vez entre nosotras para vivir eternamente la vida inmaterial bajo insensible cubierta de bronce.

.....

El primer rayo de sol que se reflejó en la Fuente de Diana iluminó con un destello de oro las bronceas figuras. Estaban completas.

EL MÁS ALLÁ DE LA MATERIA¹¹

En actitud hierática, con las manos apoyadas en las rodillas y hollando la pintada piel de una pantera, Lenia, la famosa cortesana, célebre cual ninguna en Emérita Augusta, desde que Cayo Drusilo la tomara de modelo para su soberbia estatua de Diana, miraba caer lentamente las gotas de agua de una clepsidra. La luz, velada por suavísimas sedas celestes, se tamizaba en ondas de azulado color; sobre una mesa de lapislázuli, colocada en etrusco vaso, se marchitaba una flor de suavísima fragancia, y en el suelo, cubierto de fino mosaico que representaba la visita del Cisne a Leda, estaban esparcidos verdes tallos de plantas olorosas. Lenia cubría su cuerpo con una túnica blanca franjeada de plata, sujeta en los hombros con fíbulas rematadas por gruesas esmeraldas; sus pies estaban calzados con finas sandalias de piel curtida en Pérgamo, que se sujetaban a las piernas con estrechos cordoncillos también de plata. Si en vez del asiento sin respaldar, en que se hallaba, apareciera sobre una concha o un monstruo marino, creyérasela Anfítrite, pudorosamente cubierta por un capricho del escultor; pero, una mirada detenida, un minucioso examen, descubrían en aquellas hermosísimas facciones, algo de brutal e instintivo, que no habían logrado borrar ni el trato con los filósofos, ni la comunicación con los artistas, que merced al apogeo que alcanzara Emérita, y al intercambio que entre esta ciudad, emporio de la España ulterior y Roma existía, habían venido a establecerse en ella.

Radisia, la esclava nubia, cubierta apenas con una tela de vivísimos colores, entró en la cámara, y, arrodillándose ante su señora, le anunció que Cayo Drusilo quería verla.

Cayo Drusilo no era hermoso; su cuerpo era quizás demasiado débil; pero en sus ojos brillaba ese destello divino que hace a los hombres inmortales: el genio.

De rodillas ante Lenia, prodigaba a la hermosa mujer sus palabras más apasionadas, que apenas le hacían sonreír, y trataba, en vano, de hacer vibrar su espíritu con el relato de sus triunfos.

¹¹ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 15 de marzo de 1919.

Además de la estatua de Diana, para la cual ella le sirviera de modelo, y que ya estaba colocada en el templo dedicado a la diosa de este nombre, tenía encargo de esculpir la de Agripa que coronaría el teatro y la del famoso gladiador Nordes, diez veces vencedor en el Circo Máximo. A este nombre Lenia enrojeció ligeramente, pero siguió escuchando a Drusilo, mirando indiferente pasar las gotas de agua de la clepsidra.

Cayo Drusilo no consiguió aquella tarde desarrugar el ceño de la hermosa, y, triste, en medio de su gloria, marchó al palacio del Pretor para estipular el precio y tamaño de la estatua de Agripa.

Radisia entró por segunda vez; pero antes de que llegara a arrodillarse, cayó de bruces cerca de su señora, brutalmente impulsada por el gladiador Nordes. El tracio era de colosal estatura; sus músculos de acero, parecían forjados en la fragua de Vulcano y sus facciones, hermosamente fieras, tenían un sello de vulgaridad bestial.

Lenia, estremecida ante la presencia del coloso, abandonó su actitud hierática y se dirigió hacia él con los brazos abiertos; pero Nordes la separó bruscamente, y, ocupando el asiento que ella abandonara, señaló con gesto desdeñoso la piel de pantera. Lenia ahogó un rugido y quiso rebelarse; pero una mano de Nordes se apoyó en su hombro y la hizo doblarse como el vendaval a una caña.

En aquellos momentos, Cayo Drusilo en su oficina elegía cuidadosamente el mármol para la estatua de Agripa y pensaba con amor en Lenia, aquella mujer, cuyo espíritu, de la más grosera vulgaridad, no era capaz de descubrir en el ser humano *el más allá de la materia...*

DE VIEJAS CRÓNICAS

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN...

Nadie sintió el dolor ajeno, nadie se condolió de las humanas miserias, con la dulce delicadeza de la hija del Conde de Valdealar, la hermosa Colomba, llamada *la Buena*, por los vasallos de su padre; vasallos que la amaban y respetaban con un amor semejante a la veneración.

Mientras su padre, el turbulento y valeroso señor de Valdealar, dirigía sus aguerridas huestes contra los enemigos de la fe, o tomaba una parte muy activa, en las revueltas y asonadas de la corte castellana; ella, la buena Condesa, repartía consuelos y socorros a las familias de sus siervos, y hacía cuanto de su parte estaba, para aliviar su triste situación.

Sola, sin séquito, ni acompañamiento alguno, recorría Colomba las humildes viviendas de los pobres pecheros, dejando en ellas su dádiva generosa y sus dulces consuelos; y era tal su pesar de no poder remediar cuantas miserias encontraba a su paso, que, a veces, postrada de hinojos ante el severo crucifijo, que bajo un baldaquino de rojo brocado, tenía cabe su lecho, oraba y lloraba por las miserias de los demás, y su dulce y suave condición, se revelaba interiormente, sintiendo la impotencia de su ser limitado y la pequeñez de su voluntad ante la magnitud del dolor.

Acostumbraba Colomba a extremar su caridad y compasión con los peregrinos, que con mucha frecuencia llegaban a demandar hospitalidad al castillo de Valdealar, pues por encontrarse esta mansión próxima a la gran vía compostelana, era lugar muy frecuentado por los viajeros, que solicitaban del castellano alimento y albergue.

Todas las noches bajaba la Condesa a la gran cocina del castillo, en cuya enorme chimenea se quemaban árboles enteros, y allí, en el nimbo proyectado por la rojiza llama, buscaban sus dulces ojos al viajero que llegaba de tierras lejanas, vestido con burdo sayal floreado de conchas, hambriento y cansado; dejando, tal vez, poder y familia para cumplir un voto que hiciera en momento de gran dolor o amenazado de un peligro eminente. Casi siempre eran los peregrinos gentes venidas de alejados

países; el amor, el odio, la ambición o la fe, las causas de su penitencia, y Colomba escuchaba con piadoso recogimiento aquellas largas historias verídicas o falsas, pero llenas con frecuencia, de grandes hechos y fantásticas aventuras, de las cuales era el protagonista su narrador, ocultando siempre su nombre y jerarquía. Colomba lloraba los infortunios del peregrino, le agasajaba como a un rey, y luego... más tarde... cuando se retiraba a su cámara, arrodillada ante la imagen de Jesucristo, confundidos en su mente los misterios de nuestra santa Religión y las historias oídas al viajero, sentía algo extraño e inexplicable, no pudiendo amalgamar la idea del bien y del mal, de lo sublime y lo bajo, del sacrificio del Calvario y de la perversidad humana: al fin esta serie de pensamientos tumultuosos desaparecía; sus ojos; llenos de lágrimas, se fijaban en la imagen divina del Redentor, y sus dedos blancos como la piel de un cisne pasaban suavemente las miniadas hojas de un libro de Horas...

Un día bajó Colomba, según su costumbre a la cocina del castillo; sentados, cabe al fuego, en el espacio iluminado por la rojiza llama, vio dos hombres; sus trajes eran iguales, mas su condición debía ser distinta. Uno de ellos tenía aire de señor, el otro parecía siervo. Fijóse la Condesa en las blancas manos del peregrino y comprendió su hidalga procedencia, aunque no eran solamente las manos las que delataban su noble jerarquía; el continente altivo, el rostro marfileño, y los ojos audaces, descubrían a la persona acostumbrada a mandar y no a obedecer, si bien una cabellera de oro que caía en suaves ondulaciones casi hasta tocar los hombros, enmarcando el rostro, quitaba a este la dureza que le comunicaban las un tanto pronunciadas facciones.

Después de los saludos del ritual, Colomba acogió al viajero con la hospitalidad de siempre; pero aquella noche la velada se prolongó más de lo acostumbrado. Acaso la historia de aquel peregrino despertó más interés en la Condesa, y el recuerdo de lo referido tal vez causó en ella mayor impresión. El alba avivaba con su suave luz los policromados vidrios de la estancia de Colomba, y esta, sentada en un rojo sitial de tallado respaldar de cedro, pasaba lenta, distraída y suavemente las transparentes cuentas de un rosario de ámbar. En el alféizar de la ventana cantaba una alondra...

Pasaron días y meses. El peregrino cuya historia desveló a Colomba, volvió al castillo, no vestido de tosco sayal, sino luciendo bruñida cota, ostentando en la cimera de su casco ondeantes plumas y acompañado de lucido séquito. El Conde había salido, pocas lunas hacía, para tierras de infieles y Colomba recibió al caballero como antes recibiera al peregrino y Don Nuño Sánchez de Meneses debió decir tales cosas a la Condesa, que el alba la encontró despierta, pasando suave, lenta y silenciosamente las cuentas de su rosario. En la Torre del Homenaje graznaba un cuervo...

Pasaron los días, los meses y los años, hasta llegar a dos; don Nuño Sánchez de Meneses no volvió a aparecer por el castillo del Conde de Valdealar; la bella Colomba empalidecía sin que nadie supiera la causa, y sus hermosos ojos estaban enrojecidos por el llanto. En vano pasaba las noches arrodillada ante el Crucifijo que, como salvaguardia de su fe tenía cabe su lecho; en vano iba en peregrinación un día y otro al santuario de Valdehondo y, postrada ante la Virgen Santísima, pedía algo que remediara su mal; a veces Dios, en sus altos designios, determina que el sufrimiento no cese y el entendimiento humano, limitado cuando a lo ilimitado se refiere, duda, porque no abarca más allá de lo que a lo terreno es dado alcanzar.

Una noche bajó Colomba a la cocina del castillo, no ya guiada como en otro tiempo de una dulce y suave caridad, sino impulsada por esa otra virtud consoladora que hace llevaderas las más terribles desgracias, la esperanza. Buscó con ávidos ojos algo que no pudo hallar; pero en cambio vio cerca de la chimenea un hombre que llamó extraordinariamente su atención. Era viejo, muy viejo; su luenga barba semejava albo copo de lino; sus ojos negros brillaban con luz fosforescente; la nariz aguileña casi tocaba la boca, que tenía un gesto entre bondadoso e irónico y llevaba un negro ropaje que tanto pudiera ser sayal de peregrino como túnica de nigromante. La Condesa no rompió la tradición y el viajero cenó en su compañía en el antiguo comedor del castillo. El canto del gallo anunció la media noche cuando la Condesa se retiraba a su cámara.

Las rosadas tintas de la aurora bañaban con una luz suavísima la habitación de Colomba, que pálida, desencajada, con los ojos brillantes circundados de sombras oscuras, apretaba

entre sus manos señoriles de afilados dedos, un pequeño frasco con esmaltes bizantinos, y de su mente no se borraban las palabras del viajero que sonaban una y otra vez en su oído con un dejo inexplicable de amargura que la hacía estremecer: «Yo fui poderoso, yo fui joven, yo fui amado; pero todo es falaz, todo es mentira; creí, cierto lo que era quimera y sacrifiqué todo a quien no lo merecía; después, presa del desengaño, vagué errante, busqué el olvido y persistió en mí el recuerdo; pero la ciencia vino en mi ayuda y el entendimiento venció al dolor. Toma ese frasco, bebe una a una las veinte gotas que contiene y tu corazón se secará; el sufrimiento será para ti un mito y recuperarás la calma perdida.»

La desgraciada Condesa no vaciló más y apuró el contenido del frasquito.

.....
Y cuenta una vieja crónica que, de allí en adelante, ya no llamaron a Colomba la Buena Condesa, que ya no sentía los pesares de sus vasallos ni se condolía de sus penas. Casó con un poderoso señor que su padre la destinara para esposo, sin demostrar contento ni pesar, sin gozar y sin sufrir, indiferente a cuanto la rodeaba. Y esa misma crónica, añade que, cuando montada en soberbio corcel y llevando en su enguantada diestra el encaperuzado halcón, pasaba ante las pobres viviendas de sus vasallos, las buenas mujerucas de la aldea decían a sus hijos: «Mirad nuestra Condesa, es muy desgraciada porque no tiene corazón, no sufre, pero tampoco goza; quiso rehusar el sufrimiento y eso fue contravenir la ley de Dios, porque Él también sufrió por nosotros. »

El dolor santifica, puesto que el Señor dijo: «Bienaventurados los que lloran.» Acatemos su voluntad...

El cronista añade en una nota, no sabemos si suya o recogida de la tradición, que el peregrino era Lucifer, y el elixir que bebió la Condesa, el *egoísmo*.

A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

MEDITACIÓN

Lentas, pausadas, majestuosas, suenan dos campanadas en la iglesia de San Lorenzo, de Sevilla, y... solemne, pausado, majestuoso y sublime, aparece el Señor del Gran Poder, con todo el hondo dramatismo que Martínez Montañés supo comunicar a la imagen de Dios hecho hombre.

Largas filas de penitentes le preceden y le siguen; son negras figuras encapuchadas, con ceñidores de esparto; sus manos blancas y señoriles sostienen amarillos blandones; a través del negro capuz se ven brillar los ojos; un no sé qué de misterioso envuelve las oscuras siluetas, y algo sublime y ultraterreno nimba la efigie del Señor.

Casi al mismo tiempo sale de la iglesia de S. Miguel el Santísimo Cristo del Silencio; por su orden y compostura, por sus bellas imágenes y la riqueza que ostenta, semeja esta cofradía a la del Señor del Gran Poder.

Después de las anteriores aparece el Santísimo Cristo del Calvario, y aquí el dramatismo se ha convertido en tragicismo; el deicidio del Gólgota aparece con todo su horror. Una cruz de madera, pendiente de la cual está Jesucristo agonizante; cuatro cirios amarillos comunican siniestra claridad al Dios crucificado, cuyos labios, cárdenos por la agonía, parecen suplicar al Eterno Padre perdón para sus verdugos... Ante esa imagen mis ojos se llenan siempre de lágrimas y mis labios musitan una oración...; me siento muy pequeña y veo empequeñecido todo cuanto me rodea... en mi mente surge la tragedia del Calvario y, desprendiéndose mi alma de los terrenos lazos, siente en lo íntimo una voz que dice: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*, sino amar y servir solamente a Dios...

Ha pasado silencioso y lento el Cristo del Calvario; el ánimo sobrecogido de espanto y unción siente algo impalpable; un hálito de pena, que se infiltra lentamente en el espíritu y oprime el corazón.

De pronto se oye ruidosa trompetería y redoblar de tambores; el alma apenada se siente renacer, bulliciosa, alegre...; todo luz,

ruido, movimiento... llega la cofradía de Nuestra Señora de la Esperanza de la Macarena.

Esta cofradía tan atrayente, tan sugestiva, tan popular, tan devota y tan desordenada, con sus *armados*, empenachados de vistosas plumas en los lucientes cascós, forma un fuerte contraste con la que le precede; tal vez para significar que al dolor suele seguir la alegría, así como esta antecede muchas veces a aquel. La imagen de la Virgen es bellísima y ostenta en los labios una amorosa y dulce sonrisa; el paso es magnífico y el verde manto que lleva la Reina de los Cielos, es el emblema de la esperanza del pecador en el corazón, todo amor y bondad, de María Santísima, que ha de interceder por él ante su Divino Hijo.

Y pasan otras cofradías, rivalizando todas en lujo y magnificencia, hasta que las suaves luces de la alborada esparcen una tenue claridad y amanece el nuevo día: ¡Viernes Santo!

II

Una tristeza indefinible flota en la campiña; algo invisible a los humanos ojos, parece que se extiende y ensombrece la naturaleza; esos mil ruidos que no se sabe de dónde proceden y que tampoco se pueden definir, no se oyen; las hojas callan en los árboles, el viento no las mece y balancea haciéndolas chocar unas con otras...callan los insectos ocultos en los agujeros de la tierra...callan los pájaros... únicamente una tórtola lanza al viento tristísima queja... ¡Ha muerto Dios! ¡El Creador, el Hacedor Supremo, muere en el Calvario y la naturaleza entera guarda luto!

.....

Cerca de la hacienda hay una antigua ermita, que ha sido restaurada para que sirva de capilla a los piadosos señores, dueños actuales de la finca. La ermita dependió del roquero castillo cuyas ruinas se ven sobre un cerro no lejano, y, ¡oh insondables arcanos de la Providencia! la humilde iglesia está en pie, y el soberbio castillo yace arruinado; por el suelo sus almenadas torres, derrumbadas sus soberbias cresterías, cegado su profundo foso, arrancado el rastrillo... |

La ermita está dedicada a Nuestra Señora de la Luz, que ocupa el centro del retablo que hay sobre su único altar y es una bella imagen de talla que data del siglo XV; a la derecha tiene a

Santa Eduvigis con hábitos monacales de áureo estofado y báculo abacial; a la izquierda a San Jorge, dando muerte al infernal dragón. La ermita es modesta, su estilo es ojival, pero un ojival primitivo, desprovisto de adornos.

¡Es Viernes Santo!, negros crespones cubren el retablo; sobre la mesa de piedra del altar vencen esparcidos candeleros de plata, moradas flores y secas espigas. En el presbiterio hay un paño negro sobre el cual, y en un almohadón de terciopelo negro también, franjeado de oro, yace un crucifijo, obra de algún afamado escultor del siglo XVI; cuatro cirios amarillos con lazos de negro crespón, iluminan con pálida luz el hermoso rostro del Redentor... |

Silentes, y un tanto tímidas, avanzan las mujeres; no llevan sus vistosas sayas, no lucen los collares de filigrana, el mantón de espuma, ni las agujas de plata en el cabello; van vestidas de negro y tocadas con negras mantillas; llegan al presbiterio y besan los pies al Crucificado. Después se adelantan los hombres; son los rudos habitantes de aquella región española que tanto figuró en la conquista de América; en sus ojos brilla la inteligencia y el arrojo; viven apegados a la tierra que los vio nacer, son figuras que desempeñan el papel que les está asignado en el gran teatro de la vida.

El capellán sube al púlpito; su oratoria no es florida, pero por su boca habla la verdad. Explica la Pasión del Señor y los circunstantes guardan tal silencio, que se oye el chisporrotear de los cirios.

Anochece; las gentes campesinas retíranse a sus hogares; la Iglesia queda casi desierta; las luces se apagan, excepto los cuatro blandones amarillos que, proyectando su siniestra luz con mayor intensidad, sobre la macilenta faz del Redentor, hace más dulce, más suave, más dolorida, la expresión amorosa de su divino rostro...

DEL LIBRO DE LA VIDA¹² HORAS MAESTRAS

María Alfonsa, Isabel Francisca de Asís, Gómez del Ferreruuelo y Fernández de Quemadas, Duquesa de Castrosol, Marquesa de Sierra Fresnera y Vizcondesa de Valsequillo, conocida en el mundo aristocrático bajo el nombre de Lili Castrosol, estaba aquella noche de un humor pésimo. El caso no era para menos; Bull, el famoso Bull, su perro favorito, ganador de premios en todas las exposiciones caninas, envidia de sus amigas y desesperación de sus adoradores, estaba indispuerto desde la víspera, y este era motivo más que suficiente, para que Lili Castrosol demostrase aquella noche todo el rebelde despotismo de su no contrariado carácter. Empezó por negarse a ir con sus padres al Real, pretextando un ligero dolor de cabeza, y no bien el ruido del automóvil ducal dejó de percibirse, sentándose ante un elegantísimo escritorio Luis XVI, trazó en una perfumada cartulina los siguientes renglones.

«Doctor Eduardo Jiménez de la Pedraza.

Admirado doctor: Si quiere que toda mi vida le sea deudora de un importantísimo favor, venga a casa esta misma noche y entre por la puerta del jardín, en la que estará esperando Felipe. Mil gracias de su reconocidísima Lili.»

Jiménez de la Pedraza era uno de los médicos más en boga a la sazón; joven, de gran cultura y extraordinario talento, consiguió en pocos años sobresalir entre las eminencias médicas que debían su fama a largos años de no interrumpidos estudios.

Preparándose estaba el doctor para ir al Real, donde el eminente divo Tito Schipa, cantaba aquella noche la ópera «Tosca», cuando recibió la misiva, que a toda prisa y por uno de sus criados le mandaba la de Castrosol. No acertaba a explicarse el raro capricho de la Duquesita que le llamaba a aquella hora de tan extraña manera; pero sin vacilar un momento siguió al emisario de Lili.

Envuelta en una bata blanca, con el rubio cabello anudado en la nuca y brillantes de impaciencia y temor los azules ojos,

¹² Publicado en el *Diario de Córdoba* el 17 de octubre de 1919.

esperaba la de Castrosol respuesta a su carta. Por fin llegó el doctor y Lili presurosa salió a su encuentro tendiéndole ambas manos al mismo tiempo que le decía turbada y ruborosa: Perdonad, doctor, mi atrevimiento... no os enfadéis... le quiero tanto... tengo tanta confianza en vuestra ciencia...

No acertaba Jiménez de la Pedraza a comprender de lo que se trataba; pero Lili empujando una puertecita de cristales de colores entró, seguida del médico, en una pequeña y elegante habitación. Sobre cojines de raso en los que campeaba la ducal corona y arropado con mantas de seda primorosamente entrecaladas estaba el perro favorito, asomando su diminuta y lanuda cabeza.

Jiménez de la Pedraza frunció ligeramente el ceño a la vista del regalado animalucho, y, tal vez, iba a contestar algo desagradable a la interrogadora mirada de la joven, cuando abriéndose la puerta, entró precipitadamente una mujer pálida y demacrada, vestida de riguroso luto que, arrojándose a los pies de Lili, dijo entre sollozos: ¡Perdón, señorita Duquesa! ¡Señor doctor! mi hijo se muere.

Lili permaneció un momento indecisa, pero el doctor, después de mirar un instante a la mujer, levantóla del suelo y dijo con acento breve y enérgico: ¡vamos!

Maquinal e inconscientemente Lili siguió al doctor. En la antecámara, Elisa, una de las doncellas de la Duquesa, esperaba, pálida y temblorosa, el resultado de aquella escena, que acaso le costase perder el puesto que ocupaba, pues ella había sido la que, en un arranque de caridad, avisó a la desdichada madre la llegada del famoso médico.

Tomaron la escalera de la servidumbre y empezó una penosa ascensión que terminó cuando llegaron al sexto piso. En un estrecho pasillo en el que se veían unas cuantas puertas de las buhardillas destinadas a guardar muebles viejos, la mujer enlutada abrió una de ellas y penetró, seguida de sus acompañantes, en una habitación pobre y mezquina, baja de techo, y cuya única ventilación consistía en un pequeño tragaluz. Dos camitas, una mesa y una máquina componían lo más importante del mobiliario; en un rincón un hornillo portátil y en el centro de la habitación, en una camita improvisada con unas almohadas colocadas en dos sillas, estaba el niño enfermo.

El doctor se aproximó al pequeño mirándolo fijamente unos instantes; después llamó aparte a Lili, diciéndola con dulzura.

Señorita, este niño está atacado de difteria, y como puede haber contagio os lo advierto para que os retiréis; pero os suplico me dejéis a uno de vuestros criados, pues he de necesitar quien me ayude.

Vaciló un momento la Duquesita, pero rehaciéndose, al instante contestó:

Doctor, podéis disponer de Felipe y Juan para lo que necesitéis; en cuanto a mí, no abandonaré esta familia por ahora; y volviéndose a los criados que tras de ella subieron, dio órdenes a unos para que obedeciesen al doctor, mandando a sus doncellas que trajeran ropas, luces y cuanto hiciera falta en la miserable buhardilla.

Jiménez de la Pedraza salió precipitadamente para tomar el automóvil que dejara en una calle próxima, pues tenía que traer de su casa algunos instrumentos, y entregó a Felipe una nota y varias recetas de los medicamentos que necesitaba.

Mientras volvía el doctor, la desgraciada madre contó a la señorita sus penas. Hacía dos meses que había perdido a su marido, quedando con cinco hijos, el menor de los cuales era el enfermo; la caridad del dueño de la casa a quien su marido sirvió algunos años, le daba aquella habitación; sus hijos mayores tenían diez y doce años y estaban de aprendices en una carpintería, donde solamente ganaban dos reales cada uno; la otra niña cosía y aún no le daban nada; ella también trabajaba en ropas de contrata, pero entre todos no ganaban para vivir... algunas noches... pedía limosna.

Lili escuchaba atónita; jamás hubiera sospechado que existiesen seres tan desgraciados; ella, cuyo menor capricho se veía satisfecho al instante.

El ruido, las luces, el movimiento inusitado que aquella noche había en la miserable vivienda, despertaron a los muchachos; los dos mayores que ocupaban una cama, abrieron los ojos con extrañeza; pero avergonzados y tímidos volvieron a cerrarlos haciéndose los dormidos; la otra cama estaba ocupada por las dos niñas, la mayor de las cuales, al darse cuenta de lo que ocurría, dejóse caer suavemente del lado de la pared y poniéndose un delantalillo y unas viejas alpargatas, se vino al lado de su

madre, en tanto que la otra, pequeñita y alegre, saltó de la cama y con infantil curiosidad se acercó a Lili, contemplándola llena de admiración y abriendo desmesuradamente sus oscuros ojos; luego fue otra vez hacia la cama y sacando de debajo de ella un cajoncito, buscó breves momentos en él, algo que por fin encontró; era uno de esos libros de cuentos que dan a los niños de premio en la escuela. Sentóse la pequeñina en el suelo y mojando los deditos en la boca, pasó y repasó las hojas hasta encontrar lo que buscaba; era una lámina que representaba un jardín lleno de flores raramente caprichosas, entre las cuales se veía una delicada figura blanca con alas de mariposa; debajo de la lámina se leía: «El jardín del Hada de la Noche». Cogió la niñita el libro y aproximándose a Lili, dijo con su lengüecilla un poco torpe, señalando la blanca figura

¡Tú! ¿verdá? ¡tú!

Sonrióse la joven y tomando a la niña en sus brazos cubrióla de besos el gracioso y diminuto rostro.

.....
Amanecía; una claridad blanquecina penetraba la ventanilla, empalideciendo la luz de las bujías que ardían en dos candelabros de plata, colocados sobre la miserable mesilla. El doctor inclinado sobre el enfermito, observaba con atención; más lejos Lili, sentada en una silla baja, tenía en sus brazos a la pequeñita dormida; la madre dirigía angustiadas miradas al médico, queriendo leer en su pensamiento; la niña mayor, rendida de cansancio, había reclinado su cabecita en la cama y dormía tranquilamente; sus hermanos también dormían o aparentaban dormir y los criados que subieron a acompañar a la Duquesa, sentados cerca de la puerta de entrada, hacían grandes esfuerzos para sostenerse en las sillas y permanecer con los ojos abiertos.

De pronto el enfermito hizo un ligero movimiento, abrió los ojos y alargando los bracitos rompió en llanto. El doctor irguióse y desarrugando el ceño, dijo a la madre con voz ligeramente emocionada:

¡Señora! su hijo se ha salvado.

La pobre madre al oír estas palabras se levantó pálida y trastornada, sus piernas temblaron y cayó de rodillas ante el médico, besando sus manos que cubrió de lágrimas. Jiménez de la Pedraza intentó alzarla del suelo; pero en vano, y al acudir Lili

en su ayuda, la pobre mujer besó con transporte el borde del vestido de la joven; la Duquesa la obligó a levantarse y echándole los brazos al cuello, reclinó la cabeza en su hombro; cuando la alzó tenía los ojos llenos de lágrimas...

En el elegante saloncito de Lili, hallábanse esta y el doctor. La joven, con voz suave y conmovida, decía a Jiménez de la Pedraza:

—Gracias, doctor; os debo mucho; esta noche y en una sola lección me habéis enseñado que la misión de una mujer a la que da Dios corazón y capital debe ser algo más noble, más santo y más digno que cuidar y mimar animales de lujo, cuando hay seres desgraciados que se mueren faltos de lo más necesario.

—Yo también os debo mucho, señorita; ayer creía que las únicas cosas que podían satisfacer al hombre eran la ciencia y la gloria; hoy conozco mi error; hay algo más noble que la ciencia y más grande que la gloria, fin de la aspiración humana y lo único que puede colmar los anhelos del corazón. En una sola lección lo he aprendido, pero este aprendizaje me ha costado perder la calma del espíritu; por eso mañana saldré de España a donde no regresaré hasta que haya recobrado esa calma que perdí; por lo tanto, señorita... ¡adiós!

—No, doctor, dijo la joven con la inflexión más dulce de su voz; no os vayáis; no abandonéis a vuestra discípula después de la primera lección; mirad que el desaliento se apoderará de ella y la humanidad perderá el fruto que esta lección pudiera reportarle. ¡Adiós, no...! ¡hasta la vista!

Había tanta dulzura en la voz de Lili, las miradas de sus ojos color de turquesa eran tan suplicantes, que el doctor, haciendo renunciación de su voluntad ante el ruego de la Duquesa, contestó con una mirada llena de amor y de respeto en la que se leía la plena concesión a la súplica que le dirigiera, mientras decía con voz emocionada;

—Pues bien... ¡adiós, no...! ¡hasta la vista!

DEL LIBRO DE LA VIDA

LA RAÍZ DEL BIEN

El choque de las más opuestas cualidades físicas y morales había dado como resultante la personalidad de Alexia de Almenara y Owen. Hija de un aristócrata español y de una dama perteneciente o distinguida familia irlandesa, era Alexia la síntesis de dos razas bien diferentes. En la parte física, formaban extraño contraste, el perfil semita, de una pureza de líneas irreprochable, y los ojos, de un azul intenso, oscuro y aterciopelado, que brillaban ensombrecidos por negras pestañas, y, en cuanto a la parte espiritual era, tal vez, más compleja aún, debido esto quizás, a las dos educaciones que recibiera, completamente distintas una de otra.

Perdió Alexia a su madre cuando apenas contaba un año, y en cuanto cumplió cuatro, fue llevada a un colegio de religiosas, donde permaneció hasta los quince, época en que murió su padre y fue a vivir en compañía del hermano mayor de este, hombre inmensamente rico, soltero y apasionado sectario de la filosofía estoica. Cuando el general García de Almenara vio en su casa a su bella sobrina la acogió cariñosamente, pero haciéndole comprender, desde el primer momento, que la dejaba en libertad absoluta para hacer la vida que más la placiese, dentro de la que su posición social exigía; pues él no pensaba variar en lo más mínimo sus costumbres.

Encontróse Alexia en casa de su tío sola, como nunca se había encontrado; echó de menos el colegio, las buenas religiosas sus maestras, sus jóvenes compañeras y la vida de tranquilidad e inocencia que hasta entonces disfrutara, y sintió un vacío muy grande en su corazón...

Pasaron los días y la tímida colegiala fue perdiendo poco a poco la cortedad que sintiera al encontrarse en la casa de su tío, y haciendo uso del permiso que este le diera, empezó a formarse un plan de vida adecuado a sus gustos y aficiones.

El general García, de Almenara poseía una magnífica biblioteca; su pasión favorita era la lectura y había conseguido reunir ejemplares raros y costosos, que enseñaba con orgullo a sus amigos. Esta biblioteca fue el lugar favorito de Alexia, que

buscó en los libros algo que llenase el vacío que sentía su alma. En un principio, teniendo muy presentes los consejos que las buenas religiosas sus maestras le dieran, se fijaba mucho en libros y autores, pero... ¿para qué?; ella no conocía ni aquellos títulos, ni aquellos nombres; no sabía si eran buenos o malos, y... los leía, y cada libro era para ella la varita mágica de un nigromante, que iba mostrándole los arcanos de un mundo desconocido, cuya existencia hasta entonces no sospechara.

Pasaron algunos años, y no hubo muchacha de la buena sociedad madrileña que despertara mayor curiosidad y fuera más discutida que Alexia García de Almnara; esto en su parte espiritual, pues su belleza nadie la puso en duda. Pasaba, para la mayoría de las gentes, como una mujer original y caprichosa, confirmando más esta idea el haber rechazado algunos brillantes partidos matrimoniales, jóvenes elegantes, distinguidos, ganadores de copas en el tiro de pichón, infatigables bailarines, diestros jugadores de polo y tenis... No obstante, todas las habilidades que quedan enumeradas y que adornaban a los pretendientes, estos recibieron una fina repulsa de Alexia, que no supo apreciar su valor.

Un día al entrar Alexia en el comedor, quedó sorprendida al notar una animación desusada en el impassible rostro del general; este, para evitar explicaciones, alargó a su sobrina una carta que tenía en la mano y que ella se apresuró a leer. Era el que escribía D. Francisco Jiménez del Rebollar, rico propietario andaluz, amigo de la infancia del general, que sentía por él uno de esos cariños intensos, propios de las personas frías en apariencia y de las que se suele decir, que *cuando quieren, quieren de veras*. La carta estaba concebida en los términos siguientes:

«Querido Manolo: Ya vamos siendo viejos y no hay razón alguna para que dejemos pasar los años sin vernos; han transcurrido seis desde nuestra última entrevista, aunque en esto la culpa principal es tuya, que no teniendo obligaciones no quieres salir de Madrid, aunque sea por pocos días. Yo, a medida que envejezco me siento más apegado al terruño; me parece que mi cuerpo va echando raíces como mis olivos y naranjos y ¡se necesita mucho esfuerzo para arrancar lo arraigado! Además, este laberinto de mayores, pastores, guardas y jornaleros, no se puede dejar fácilmente de la mano, y como estoy solo, no me es

posible abandonar estos modestos y bíblicos cuidados; pero como tengo grandes deseos de verte, espero que vengas lo antes posible, y tráete a tu sobrina que supongo seguirá tan guapa; pasaréis una temporada en esta hermosísima sierra cordobesa, proporcionando a tu viejo amigo una honda satisfacción. Se me olvidaba decirte, que Pepe vendrá uno de estos días; ya sabes que está agregado a nuestra embajada en París, pero anda delicadillo y viene con permiso para hacer vida de campo. Te abraza tu siempre amigo, Paco.»

.....
Desde el momento que se vieron Alexia García de Almenara y Pepe Jiménez del Rebollar, comprendieron que no habían nacido para entenderse. Venía el joven Rebollar de París, y de muy mala gana, por cierto; recomendáronle los médicos que hiciera vida de campo y su padre juzgó lo más prudente que viniese a su lado, considerando más provechosa para su salud una temporada en la hermosa y agreste sierra de Córdoba, que en Cannes, Niza, o cualquier otro punto de la costa Azul, según era el parecer del hijo.

A los pocos días de llegar Paco Rebollar a «Las Cruces», que este era el nombre de la finca, llamóle su padre y tuvo con él una larga conversación. D. Paco, con su franqueza característica, le expuso sus grandes deseos de que se casara con Alexia, haciéndole ver los méritos de esta y las ventajas que de aquel matrimonio resultarían para él. Pero acostumbrada la retina del joven diplomático a las bellas parisinas, que con tan gracioso desenfado recorren los bulevares, con paso ligero y graciosísimo, o se exhiben en lujosos trenes en las carreras y en los Campos Elíseos, reinas de modas deliciosamente extravagantes, figuras estilizadas con caras de mujer y formas de niña, que se mueven, ríen y lloran rítmicamente, sujetas siempre al impulso de ese mágico resorte que se llama moda, no comprendió la hermosura de Alexia, la pureza de sus líneas, las suaves morbideces de su cuerpo, el encanto que de ella emanaba al fundirse en su personalidad la belleza de una diosa griega y la serenidad de una virgen cristiana.

Meditó Pepe detenidamente lo que su padre le hablara, y considerando que Alexia era muy hermosa, que poseía un considerable caudal, y que una vez que las hábiles manos de los

modistos *parisiennes* se encargaran de sus *toilettes*, sería un adorno bellissimo en los salones de cualquier Embajada, se decidió a dar nuevo rumbo a sus ideales.

Acostumbraba Alexia a dar largos paseos por el campo; el encanto de aquellas soledades llenaba su corazón de un sentimiento indefinible de bienestar, de arrobamiento y de admiración.

Aquella tarde salió como de costumbre; pero no llevaba el soberbio danés que la servía de compañero y defensa de sus excursiones, puesto que Pepe Rebollar mostró decidido empeño en acompañarla.

Llamaban el «Baño de doña Sol» a una laguna de forma circular que, como espejo de bruñida plata, aparecía a flor de tierra en una verde planicie. La tarde declinaba; el sol, envuelto en nubes sangrientas, comunicaba tintas rojizas a los objetos; Alexia, sentada en el suelo cerca de la laguna, escuchaba distraídamente las descripciones que Rebollar le hacía de la vida *parisienne* y de las fiestas de la Embajada; sentía aquella tarde ese malestar inexplicable, esa tensión nerviosa y ese desasosiego que a veces son precursores de acontecimientos que cambian radicalmente el curso de nuestra vida.

De pronto, la calma absoluta que reinaba en la explanada se vio interrumpida por algo semejante al trotar de un caballo y unos instantes después, abriéndose los jarales que rodeaban la llanada apareció la soberbia y bien astada cabeza de un toro.

Alexia ahogó un grito y quiso levantarse; pero sus piernas flaquearon, y loca de terror cayó de rodillas. El toro se detuvo un momento indeciso; pero solicitada su atención por el movimiento de la joven, arrancó en la dirección en que esta se encontraba; mas antes de llegar al sitio en que la de Almenara yacía paralizada por el miedo, surgió de entre unos cercanos matorrales un hombre, que con un arrojo y una valentía cercanos a la temeridad, corrió a interponerse entre el cuerpo de Alexia y la cabeza del toro, sin otra defensa que la de sus valientes y robustos brazos. El hombre y la fiera rodaron por el suelo, y Alexia dando un grito cayó desmayada.

.....

Al volver en sí Alexia se halló tendida en el suelo; a su lado, de rodillas y dirigiéndole miradas cuyo brillo procuraban en vano

amortiguar las largas pestañas que velaban sus ojos, había un hombre moreno, de facciones pronunciadas; su rostro, mejor que la Historia, atestiguaba la larga permanencia de los árabes en el suelo español; su camisa estaba ensangrentada y por los girones de ella se veían músculos de acero y formas hermosamente varoniles; llevaba el traje de los campesinos andaluces; y en aquella posición, arrodillado ante Alexia y dirigiéndole miradas llenas de respetuosa admiración, recordaba aquellos tiempos llenos de romanticismo pasional, en que el valor y el arrojo, la caballerosidad y el amor, trastornaban el orden social y borraba las fronteras que separaban las clases sociales.

Al día siguiente Alexia se encontraba en la habitación baja del cortijo, que ocupaba desde su llegada a la finca, y se paseaba intranquila como esperando alguien. Una criada entró diciendo a la señorita, que Rafael Millares, el guarda mayor de «Las Cruces», había llegado; Alexia hizo señas de que entrase.

La airosa silueta de Rafael dibujóse con la firmeza de un agua fuerte en el vano de la puerta y Alexia con voz conmovida y alargándole la mano dijo:

Rafael, os debo la vida, y la vida no se paga más que con el agradecimiento. Sé que, sin el poder de vuestros brazos y la pronta llegada de los cabestros a recoger el toro desbandado, este, hubiera dado fin a vuestra vida que expusisteis por la mía sin conocerme. Mi agradecimiento será eterno; Rafael, siempre que me necesitéis, buscadme. Y ahora, añadió, como supongo que tendréis madre, hermana o novia, os pido un favor, quiero que le ofrezcáis en mi nombre este pequeño recuerdo; y al decir esto, alargó al joven una carterita de piel de Rusia, que ostentaba el nombre de Alexia en letras de oro.

Rafael Millares cogió la cartera dando las gracias y abriendo el brochecillo sacó, uno a uno, cinco billetes de mil pesetas, que arrojó sobre la mesa, diciendo con altivez: Señora, la vida se da o se regala, pero no se vende; es de Dios que nos la dio y a Él le toca recogerla; a veces se arriesga en un momento necesario, como me sucedió a mí ayer; sin conoceros la expuse una vez, por el deber que tiene todo hombre de amparar y defender a una mujer; hoy que os conozco la daría mil veces, sin otra recompensa, que la satisfacción de haberla dado por vos.

Alexia, con un movimiento rápido, arrancó de su cuello una fina cadenilla, de la que pendía una medallita oculta en su pecho.

Tomad, Rafael, le dijo; esta medallita me la puso mi padre al cuello el día de mi primera Comunión y desde entonces no se ha separado de mí.

De mí no se separará ni aun después de muerto, señora, contestó Rafael, llevando a sus labios la mano que le tendiera Alexia.

Algunos momentos después, la joven miraba ansiosamente a través de la persiana. Rafael Millares desató el negro potro que dejara a la puerta del cortijo, y después de echar una mirada indefinible al caserío, montando, sin tocar los estribos, hundió las espuelas en los hijares del animal, desapareciendo en un galopar vertiginoso.

Alexia, anonadada y ocultando la frente entre sus manos, murmuró con voz ahogada por los sollozos: ¡Dios mío! si hicisteis a todos los hombres iguales, ¿por qué ellos han levantado entre sí barreras infranqueables? Después añadió con un dejo de amargura: ¡Y por qué las buenas religiosas que me educaron sembraron con tanto amor y tan buena voluntad la semilla del bien en mi alma, que, la raíz nace en el corazón y para arrancarla, sería preciso arrancar Este también...!

.....

Algunos días después, comentábase en uno de los tés del Hotel Ritz, la última extravagancia de Alexia. En una mesa encontrábase la hermosa Lalá Echevarría, mujer de un capitalista bilbaíno y su primita la Jinda Nené Gueraun, hija de un conocido banquero. Luis del Juncal y Teótilo Maqueda, les referían, cómo Alexia, sugestionada por los triunfos de Joselito y Belmonte, se había empeñado que su prometido Pepe del Rebollar, torease en campo raso, uno de los toros de su ganadería; la negativa del joven había sido causa de la terminación de las relaciones.

Preséntanos a Rebollar, dijo la rubia y lánguida Nené a Juncal; me han dicho que está en Madrid.

Sí, querida, mañana te le presentaré en la Castellana, y el domingo iréis a casa a tomar el té, dijo Lalá, que deseaba ayudar a su primita, siempre que se presentaba ocasión.

Pocas horas después, decía Nené a su doncella mientras la desnudaba: Kelty, mañana me llama V. temprano, a las diez, que

el baño no esté muy caliente; la colonia que sea Royal, pues la última que me trajeron apenas tenía perfume; que me sirvan el desayuno a las once: diga a Felipe que prepare el *landaulet* para las doce y a Fraulein que tiene que acompañarme a casa de Mr. Noirtier el modisto. Luego añadió como hablando consigo misma: «La *toilette* para el té es necesario que se termine antes del domingo.»

Y una vez acostada, mientras Kelty extendía sobre el lecho el suave edredón de plumas, la linda Nené envolvía, con estremecimientos de gatita mimada, su encantador cuerpo entre finísimas holandas y decía, con un mohín de disgusto, hundiendo su bella y hueca cabecita en las blancas y suavísimas almohadas: ¡Dios mío, cómo me amargan la vida los modistos!

DEL LIBRO DE LA VIDA

ALMA DE MUÑECA

En los sitios que habitamos existe siempre algún rinconcillo ignorado, que es nuestro lugar favorito. Cuando yo era niña, mi lugar favorito lleno de encantos, siempre nuevos, era el desván de nuestra antigua casa solariega. Un desván grande, muy grande, con amplias salas y departamentos más pequeños llenos de semioscuridad, en que estaban almacenados cofres, viejos armarios, antiguos lienzos, muebles en desuso, todo lo que constituye ese mundo de cosas inútiles, que da lástima tirar por haber pertenecido a seres queridos y que se van amontonando en los desvanes, donde permanecen luengos años cubiertos de polvo y sirviendo, a veces, de cómoda vivienda a ratones y arañas.

A fuerza de hacer visitas al desván ya había escudriñado todos sus rincones; conocía al dedillo la historia de Belisario y la de Pablo y Virginia, representadas en unos grabados en acero bastante deteriorados; me había probado algunas veces un deslucido dominó de seda celeste; me sentaba en todas las sillas y sillones desvencijados; me extasiaba ante dos o tres lienzos que representaban asuntos religiosos y que yo encontraba entonces muy bonitos, y colocaba sobre una mesa barroca de dorados pies, acericos y cestillos llenos de flores descoloridas de tela, que olían a una legua a primores de monja.

Pero lo que excitaba grandemente mi curiosidad eran los viejos cofres, reforzados unos de labrado cuero, enchapados otros con finas láminas de metal y algunos recubiertos de recias pieles de cabra y caballo, conservando aún el áspero pelambre y ostentando iniciales y escudos formados con menudos clavillos dorados.

Estos cofres nunca solían estar abiertos, y yo, con esa firmeza de voluntad que desde niña he tenido, acechaba, día tras día, la feliz casualidad que me descubriera los arcanos tan fuertemente guardados. Y esa casualidad llegó, y un día vi el cofre más interesante para mí; el que más despertaba mi curiosidad, con la llave puesta. Era un baúl antiguo, forrado de cuero labrado, ostentando geométricas figuras; en la cubierta tenía un escudo de

armas, hecho con dorados clavillos, y a derecha e izquierda las letras A. L.

Tal fue mi impresión al ver tan cercano el logro de mis deseos, que durante algunos momentos permanecí en la indecisión que debe apoderarse de la persona próxima a conseguir lo que deseó largo tiempo; pero la curiosidad venció y levanté con ambas manos la pesada tapa.

Blondas deslucidas, sedas ajadas, unos chapines de terciopelo rosa, unas medias de seda blanca, una pulsera con la miniatura de una dama muy linda con un peinado muy alto y... a punto estuve de dar un grito ¡una muñeca! La más preciosa muñeca que yo había o me parecía haber visto. Era muy antigua; su traje de Mussete era de tafetán verde Nilo; una diminuta capotita del mismo color forrada de tafetán rosa, se sujetaba debajo de la barbilla con dos cintitas verdes, y un chal o banda de tul verde bordado en rosa, cubría sus hombros; finos bucles de oro se escapaban de la capotita que enmarcaba un rostro precioso de porcelana finísima, semejante al de las delicadas figulinas de la fábrica del Retiro, hermoseedo por dos ojos muy azules y una boquita roja, mitad desdeñosa, mitad satisfecha.

—¡Ten mucho cuidado no la vayas a romper! era de mi abuelita y no quiero que se estropee; dijo la suave voz de tía Luisa, que había llegado hasta mí, sin que yo, en mi éxtasis, la sintiera

—Y tu abuelita ¿dónde está, tía? le dije.

—En el cielo, hija mía, me respondió.

—¿Y cómo no se ha llevado allí su muñeca? Volví a preguntar, tal vez asombrada de que mi bisabuela hubiera dejado por aquí aquella preciosidad.

—Es que las muñecas no entran en el cielo,

—¿Y por qué?

—Porque no tienen alma.

¡Las muñecas no tienen alma!; aquella revelación me causó una impresión profunda que me duró varios días.

Por fin di con una fórmula que me satisfizo: las muñecas sí tenían alma; pero era un alma especial, *alma de muñeca*.

.....

La desgracia batió sus negras alas sobre la casa de mis amados padres; estos murieron; tía Luisa entró religiosa y mis

tutores determinaron que fuera a vivir en compañía de mi tía Soledad.

Tía Soledad era buena, aunque débil y de cortos alcances; su fortuna más que mediana le permitía vivir con cierta holgura y se encontraba a la sazón viuda y con dos hijas, Enriqueta y Soledad; la primera me llevaba nueve años y la segunda tres; yo contaba diez entonces.

Enriqueta era bellísima; pero endiosada con su figura, apenas se ocupaba de lo que pasaba en su derredor. Debía casarse en breve con un muchacho moreno, serio y formal, que yo veía en casa muchas veces y al que llamaba primo Luis, porque así me mandaba él que le llamase; muchas veces me sentaba en sus rodillas, me acariciaba y me daba dulces y yo correspondía a estas muestras de cariño con un afecto profundo.

Un día noté que primo Luis no venía como de costumbre y pasaron varios sin que apareciese por casa, y esto me decidió a preguntar a Soledad si primo estaba enfermo. Soledad, llevándome al hueco de una ventana y adoptando un aire misterioso, dijo:

Enriqueta ha reñido con Luis y se va a casar con D. Juan Ramírez Corbato.

¿Quién es ese D. Juan Ramírez Corbato? pregunté asombrada por la noticia.

Ese señor gordo, que es americano, dueño del chalet rojo que hay camino de Fuenteblanca y que tiene ese automóvil tan bonito que vemos todas las tardes en el paseo, me dijo Soledad con cierto énfasis.

La revelación de mi prima me dejó anonadada.

.....

La peinadora terminó el peinado de Enriqueta; un peinado tan sencillo como gracioso: una raya en medio, de la cabeza y dos bandas de dorados cabellos que caían a uno y otro lado hasta la oreja recogién dose en la nuca; pero era necesario hacer una ligera ondulación; las tenacillas estaban calientes y se necesitaba un papel para probarlas. Enriqueta sacó de uno de los cajones del tocador una carta que alargó indolentemente a la peinadora. Momentos después, mi prima, soberanamente bella, salía de la habitación ostentando en su encendida boca una sonrisa, mitad desdeñosa, mitad satisfecha.

Sin saber lo que hacía, impulsada por algo superior, cogí el papel, que medio chamuscado permanecía sobre el mármol rosa del tocador, y leí: «Enriqueta: Has destrozado mi vida, has truncado mi porvenir; por tu amor, por ti, hubiera conseguido todo, hubiera luchado y vencido, sin ti me es indiferente cuanto existe. Mi espíritu estaba lleno de ideales, que mi fuerza de voluntad y mi trabajo hubieran hecho llegar a la realidad.

Que Dios te perdone el daño que me has causado, daño que tú misma no puedes hoy día apreciar. — LUIS.»

Con los ojos llenos de lágrimas y mirando hacia la puerta por donde saliera mi prima, dije apretando los puños con rabia infantil: ¡Tiene alma de muñeca y no entrará en el cielo!

DEL LIBRO DE LA VIDA¹³

AMAPOLAS

Aquella mañana Rina se consideraba feliz con verse libre de la fastidiosa y rígida vigilancia de Miss Betty Smith, la institutriz inglesa encargada de su educación.

Regina de Fabrés y Quirós era la hija única de un acaudalado banquero, y habiendo perdido a su madre cuando solamente contaba dos años, su padre escribió a uno de los corresponsales que tenía en Inglaterra encargándole le enviase una institutriz de aquella nacionalidad, y Miss Betty Smith, una londinense de cabello azafranado y ojos de color de acero, fue la elegida para llenar la importante misión de educar a la pequeña; pero Miss Betty no era a propósito para dirigir una imaginación soñadora y fantástica como la de Rina, pues el realismo utilitario de la inglesa no alcanzaba a comprender el poético idealismo de aquel temperamento meridional; así que cuando por cualquier causa veíase Rina libre de su guardiana, se consideraba tan feliz como el pajarillo prisionero a quien abren las puertas de su jaula.

Aquella mañana no bien salió de casa Miss Betty, Rina corrió a su lugar favorito que era el antiguo jardín de la casa solariega.

¡Qué encanto tan grande tienen esos viejos jardines provincianos pertenecientes a las antiguas casas señoriales! ¡Cuántos misteriosos recuerdos encierran sus sombrías alamedas! ¡Cómo se ocultan en sus bosquecillos graciosas estatuas de ninfas y cupidos, mudos testigos de amores que pasaron y de sociedades que desaparecieron!

Una cifra que una mano apasionada trazó en un árbol y que el tiempo no logró borrar; un nombre grabado en el mármol de una fuente, medio oculto entre los líquenes que cubren la piedra; la estatua de una diosa con el rostro y peinado de una dama renacentista; todo en ellos contribuye a que la imaginación viva por algunos instantes en un mundo ideal, retro trayendo edades y gentes que pasaron.

Sentada en el suelo, en el interior de uno de los bosquecillos, Rina dejaba que su imaginación, que parecía hecha de alas de

¹³ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 27 de noviembre de 1919.

mariposa, volase a su antojo. ¡Qué bien se encontraba allí! Para ella existía un mundo ignoto y misterioso, como el de los cuentos que tanto le gustaba leer, y veía en las flores princesas encantadas y en los insectos que zumbaban a su alrededor, apuestos galanes que esperaban el conjuro de hada benéfica para recobrar su primitiva figura.

Pero aquella mañana no se ocupó de su mundo fantástico de ensueños, que el descuido, o tal vez el capricho, del viejo jardinero, proporcionó una distracción con todo el encanto que produce en el ser humano lo que no llega a comprender.

En el centro de un macizo de flores se erguía una mata de rojas amapolas, ostentando con cierta altivez insolente sus flores de fuego y multitud de verdes capullos. Era tan extraño ver aquella flor silvestre en tan bien cuidado jardín, que la niña, atraída por la novedad, se aproximó a la planta cortando uno de sus cerrados capullos, y ¡júzguese su asombro! cuando al abrirle, llena de infantil curiosidad, aparecieron unos pétalos blancos y vaporosos, como tenue gasa. Encantada con el descubrimiento, cogió otra, y... una nueva sorpresa le aguardaba; sus ojos contemplaron las hojas delicadas de una flor de suavísimo color rosado; por fin, el tercer capullo resultó de un grana espléndido, como las flores abiertas. Inexplicable resultaba para Rina aquella variedad de colores en una misma planta, y su infantil inteligencia no llegaba a comprender cómo aquellos delicados capullos blancos y rosados se convertían después en las rojas flores que veía. Sus deditos deshojaron un botón tras otro, hasta que la vieja Ana, nodriza de su madre, llegó a buscarla; traía en las manos una cesta de frutas, que acababa de coger, y al ver a Rina díjole con voz rudamente cariñosa:

¡Ven, mi gloria! ¡no te sientes en el suelo, mi niña, ni cojas esas flores que manchan las manos! Rina miró sus blancas manitas llenas de feas manchas de un desagradable color parduzco; corrió a una fuentecilla próxima y sumergió en el agua sus bracitos; inútilmente; las manchas no se borraban, y la niña con gesto compungido, mostró a la vieja Ana sus manos, diciendo:

¡Amapolas bonitas, pero malas!

II

Pasaron algunos años y Regina Fabrés y Quirós llegó a ser una mujer bellísima, aunque se la motejase de un poco altanera. Joven, hermosa y riquísima, se vio pretendida por los más brillantes partidos de la provincia; pero le sucedió lo que casi siempre ocurren a la mujeres que tienen mucho donde escoger, escogió lo que menos valía, aunque no en lo referente a cualidades exteriores, que Pablo de Figueroa y Santillana poseía una arrogante figura, una conversación sugestiva y apasionada, un flamante título de ingeniero y algunas rentas cuya cuantía nadie había podido averiguar.

Rina quería a Pablo con la serenidad y confianza de un alma noble y delicada, y pensaba que su prometido sentía hacia ella igual cariño; pero ¡ay! que a veces permite Dios que la desgracia sea el crisol en que se pruebe el temple de las almas para purificarlas, y esta prueba llegó para la pobre Rina.

Un día su padre llamóla a su despacho y sollozando como un niño le contó que, efecto de unas operaciones desgraciadas, había perdido gran parte de su fortuna; en adelante tendría que reducirse a vivir con cierta modestia... Había un dolor tan profundo en las palabras del padre, que la joven, echándole los brazos al cuello, le colmó de besos y de consuelos. En aquellos momentos de amargura Rina pensó en Pablo y le vio en su imaginación, no tal como era, sino tal como ella lo creía.

III

En soberbia bandeja de plata repujada, la doncella presentó a Rina una carta; era de Pablo. Con febril impaciencia la joven rasgó el sobre y leyó:

«Mi amada Rina: Perdóname que no me despida de ti, pero me veo precisado a partir dentro de breves momentos. Voy a los Estados Unidos donde permaneceré un año o dos, ventajosamente colocado en una fábrica. Siento hacia ti el mismo cariño que siempre he sentido; pero como en dos años de ausencia pueden variar mucho las circunstancias de ambos, te dejo en completa libertad de obrar.

Siempre conservará de ti gratísimo recuerdo tu apasionado.
—PABLO.»

Permaneció Rina un momento paralizada ante el nuevo desengaño que sufría su alma; pero su espíritu valeroso y cristiano reaccionó al instante; con un esfuerzo titánico de su bien templada voluntad, arrojó de su corazón aquel miserable ídolo de barro, mientras que con la altivez de una infanzona y el orgullo de una rica hembra castellana, arrugando entre sus blancas y señoriles manos la detestable carta, decía con acento despótico, recordando algo que hiriera profundamente su imaginación en los pasados días de su infancia:

¡Amapolas!

IMPRESIONES DE VIAJES

PAISAJES Y RECUERDOS¹⁴

LA CIUDAD MEDIOEVAL

Cercadas de murallas, coronada de almenas y ennoblecida por los escudos de sus innumerables caserones, como sombra de pasados esplendores y remembranza de bizarrías guerreras, aparece ante el viajero, turista o devoto, artista o poeta, la antigua Ávila de los Caballeros, cuna de Santa Teresa, cuyo solo título es suficiente para hacer a esta ciudad famosa entre las más famosas de nuestra legendaria y creyente España.

No intento hacer una detallada y minuciosa designación de esta ciudad que tantos tesoros artísticos encierra, sino expresar sencilla y espontáneamente las impresiones que en esta peregrinación artística recibe mi espíritu.

Empezaré hablando de las murallas, a las cuales el ilustre viajero inglés Ricardo Ford, llamó: «glorioso monumento, el más perfecto y bellamente concluido en la Europa de la Edad Media» murallas que causan impresión profunda al que por primera vez las contempla. Sus ochenta y ocho cubos, casi todos ellos en perfecto estado de conservación, sus fuertes bastiones, las gallardas y puntiagudas almenas que los coronan, las puertas que aún conservan, los poderosos matacanes, y las señales donde estuvo el rastrillo; la roca viva que las sirve de base y el tiempo que con su pátina ennegreció sus piedras y avaloró sus tradiciones, rodean a estas viejas murallas de origen remoto, de un nimbo intangible de misterio, de gloria y de admiración, y la historia y la leyenda coronan de marchitos laureles las viejas torres que las flanquean.

Otro de los monumentos que por sí solo bastaría para que Ávila fuese visitada por los amantes del arte, es la basílica de San Vicente, de estilo románico. En esta iglesia llama poderosamente la atención del visitante una bellísima puerta de parteluz con elegantes archivoltas, cuyos perfectos y primorosos adornos recuerdan el estilo bizantino. La disposición del pórtico que precede a esta entrada de la iglesia semeja al nártex de las iglesias bizantinas, con dos capillas laterales, que, según la

¹⁴ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 22 de agosto de 1919.

tradición, estaban destinadas a los catecúmenos. En el interior está el suntuoso sepulcro de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, también de estilo románico como la iglesia que lo encierra.

San Pedro es la otra parroquia notable de Ávila, émula de San Vicente y cuya antigüedad ha dado origen a grandes controversias por no saberse fijamente si es anterior o posterior a esta última.

La iglesia de San Pedro es un templo vetusto de sobria arquitectura románica; templo austero, ennegrecido por los siglos y santificado por las plegarias, que invita a la oración y al recogimiento. Sus altas bóvedas, en las que ya se advierte el estilo ojival, las sencillas labores de ajedrezados, trenzados, rosetas y estrellas que le adornan, la belleza de sus capiteles y la severidad de las robustas columnas de enormes basas, que le sostienen, dan a esta iglesia tal carácter de severidad y ascetismo, que el alma creyente se siente invadida de místico fervor y remembra los tiempos de aquellos cristianos que, a semejanza de los hijos de Israel en la reedificación de su templo, manejaban con una mano la espada y con la otra ponían los cimientos de la casa del Señor.

La catedral, de estilo gótico, conserva bellísimas obras, en escultura y en pintura de Pedro Berruguete, Juan de Borgoña y Santos Cruz; obras que pude admirar con detenimiento, gracias a la amabilidad y cultura del ilustrado beneficiado D. Julián Camarero, así como la magnífica custodia de estilo greco-romano, obra del famoso Juan de Arfe, que se guarda en la sacristía.

Una de las cosas más notables de esta catedral, es su maciza y robusta ábside. Coronada de almenas, con estrechas saeteras, por las que penetra difícilmente la luz; tiene más aspecto de torre o cubo de una fortaleza que de ábside de cristiano templo, y evoca aquellos días en que, según la tradición, los nobles abulenses, asomando al Rey Niño entre las almenas de esta misma ábside, causaron la indignación de Alfonso el Batallador al considerar que en Ávila hasta los templos eran ciudadelas cuando se trataba de defender el honor de sus moradores.

Otras muchas iglesias y conventos existen en esta ciudad, pero el único mérito de la mayor parte de ellos reside en las piadosas tradiciones cuidadosamente guardadas por los fieles

moradores, y gran número de palacios y casas solariegas, en cuyos blasonados escudos, de caprichosos y complicados cuarteles, está contenida la historia de esta noble ciudad; unos y otros edificios son la más perfecta y duradera representación de aquellos poderes medioevales que, unas veces amigos y otras contrarios, tuvieron durante muchos siglos el más amplio y absoluto dominio de la nación española y son conocidos bajo los nombres de *el clero* y *la nobleza*.

PAISAJES Y RECUERDOS

LA CIUDAD OLVIDADA

Hay en la vieja Castilla una ciudad silente y olvidada, cuyos antiguos monumentos son otras tantas páginas de piedra, donde la historia y la leyenda han escrito con caracteres los imperecederos recuerdos de razas y dinastías, de grandeza y poderío, de fe y religiosidad.

Yo he recorrido sus calles intrincadas y laberínticas como: de ciudad moruna, estrechas y tortuosas, cuyas pendientes escaleras semejan el camino de florido carmen. Yo he orado en sus románicos templos, cuyos sencillos adornos recuerdan a la raza de Odín, mientras sus historiados capiteles exornados de una fauna y una flora caprichosas y fantásticas demuestran el influjo de la civilización vencida sobre la vencedora. He contemplado el acueducto, obra del más grande entre los más grandes pueblos de la antigüedad y, en un atardecer tranquilo y opalino, cuando el sol desaparecía entre velos rojos y la luna se presentaba envuelta en gasas blancas, como druidesa preparada para officiar en el gran altar de la naturaleza, oyendo el susurro del viento en los árboles centenarios de la vieja alameda, contemplaron mis ojos un paisaje sugestivo y atrayente, lleno de encanto y originalidad.

Cerca, muy cerca, corre mansa y silenciosamente el Eresma, ensombrecido por la vegetación que crece a sus orillas, y allá en la lejanía, sobre alta colina, cubierta de árboles y surcada de senderos caprichosos y serpentinos, se eleva la ciudad. Sus viejos muros, flanqueados de torres, se conservan a trechos y dan lugar a esas históricas puertas de ciudad antigua, sobre algunas de las cuales la piedad y la tradición conservan milagrosa imagen, alumbrada de noche por la oscilante luz de un viejo farol. Las casas apiñadas en un desorden artísticamente caprichoso, muestran diferencias notables de época y calidad; aquí y allá la esbelta silueta de una torre se eleva briosamente sobre los edificios que la rodean, y, próximo a la confluencia del Eresma y el Clamores, aparece con sus almenados muros y sus agudas y empizarradas torrecillas que le semejan a la morada de poderoso margrave, el soberbio alcázar segoviano, cuya vista es evocadora

de reinados tan turbulentos, tan galantes y fastuosos como los de Juan II y Enrique IV.

.....
Suave pendiente tapizada de hierba conduce al antiguo monasterio del Parral. El noble marqués de Villena, su fundador, gastóse buena parte de su fortuna en levantar este grandioso monumento, en el cual la piedra aparece tallada con la delicadeza sutilísima del encaje; grande en otra época, ahora mudo, sombrío y abandonado; conservando, a través de los siglos y de las injurias del tiempo, sus torres de palacio y sus sepulcros maravillosos. Las sombras de los monjes blancos, cuyo único pecado consistió en su poder, merced a la magnificencia y generosidad de una dinastía, parecen vagar errabundas y desoladas por los solitarios claustros medio derruidos, llorando como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén.

Una estrecha vereda conduce desde el Parral a la Vera-Cruz. La antigua iglesia de los Templarios aparece con su forma de polígono sobre una colina de poca elevación; está solitaria y triste; sus recios muros han resistido mejor las inclemencias de los siglos, que sus fundadores resistieron las envidias, los odios y las ambiciones de la sociedad en que vivieron. Su falta fue semejante a la de los monjes blancos; su poderío, su valor, y como ellos, fueron víctimas de quienes encubrieron sus odios y sus ambiciones bajo la máscara de la hipocresía y la calumnia.

Desde la Vera-Cruz baja en suave pendiente un camino que conduce a la Fuencisla. La Virgen de Fuencisla es la Patrona de Segovia. Aquella imagen pequeñita, de purísimo y delicado perfil, morena como las vírgenes bizantinas traídas a nuestro suelo por los apóstoles predicadores de la doctrina de Jesucristo, es la protectora de la ciudad y la guardiana de sus moradores, a los que ama como a hijos.

Y el viajero piadoso que llega a este santuario tallado en las rocas y guarecido por ellas, al arrodillarse devotamente ante la Virgen morenita de delicadísimo perfil, siente en el alma un consuelo inefable y purísimo al considerar que existe un más allá, sin odios ni ambiciones, sin antagonismos ni injusticias, donde los hombres serán fieles cumplidores de aquel mandato del Divino Maestro: *“Amaos los unos a los otros”*.

EXCURSIÓN A STO. DOMINGO DE SILOS.

La carretera blanca y polvorienta, formando atrevidas curvas y caprichosos zig-zags, semejava el flexible cuerpo de una serpiente arrastrándose entre el sombrío verdor de la sierra. A uno y otro lado, espesuras de robles y enebros, daban al paisaje una belleza impregnada de cierta melancolía, y grandes extensiones de terreno aparecían cubiertas de plantas rastreras, cuyas hojas de un verde claro y los menudos frutos grana, semejantes a cuentecillas de coral, ponían una nota de suavidad y delicadeza en el, un tanto agreste y severo, panorama. El ánimo se sentía embargado por extrañas sensaciones y en el ambiente flotaba algo inmaterial, intangible, pero que llenaba todo con sus misteriosos efluvios: ¡el alma castellana! ¡Castilla, la vieja Castilla, la de los campos grises, la del clima helado, la de los tristes verdores, la de las desnudas sierras, aparecía ante mis ojos con su rudeza celtíbera y su ascetismo monacal! Nadie como Castilla siente el anhelo de independencia, el deseo de descentralización. De tiempo en tiempo, y separados por un corto número de kilómetros, aparecía algún pueblo gris de infinita melancolía, cuyas casas parecen agruparse temerosas ante un imaginario peligro, y que, tal vez asustadas de su audacia por haberse elevado algunos metros del suelo, parece quieren confundirse con la tierra de donde surgieron.

Al paso del coche salían de todos aquellos pueblos gentes encargadas de recoger la correspondencia; eran siempre hombres de rostro atezado, enjuto y surcado de prematuras arrugas, las facciones un tanto pronunciadas; los ojos de mirar severo y desconfiado. La raza castellana conserva algo de aquellos pueblos que fueron el plasma de nuestra nación, caracteres indelebles, que, en virtud de la ley de herencia consérvanse a través de los siglos.

Los pueblos de Castilla se parecen grandemente entre sí, pero casi al fin del viaje, llamóme la atención uno más alegre y riente que los que hasta entonces encontráramos. Estaba dividido en dos barrios: el alto y el bajo; la iglesia situada en el centro separaba los dos y hacía recordar la acrópolis de las antiguas ciudades, bajo cuyo amparo se desarrollaba y desenvolvía la vida; el barrio bajo terminaba en el río, río castellano, estrecho, profundo, bordeado

de sauces, zarzas y rosales, que comunicaban un color glauco a las aguas; en el barrio alto estaban las eras, la manifestación de la vida, la actividad y la riqueza de aquella pequeña parte de la humanidad; un poco más lejos cuatro tapias de tierra y una cruz de hierro, indicaban el lugar del silencio, del descanso eterno; la muerte, cercana a la vida; la actividad, próxima al reposo, sin un límite visible que los separase, y los campesinos, los rudos hijos de la severa Castilla, cumpliendo la ley humana del trabajo, tranquilos, impasibles, sin fijarse en el mudo tragicismo de la inquietante mansión vecina.

En mi imaginación surgió el recuerdo de «La Danza de la Muerte»: vi al rey, al noble, al prelado, a la hermosa negarse y resistir a la orden de la Muerte, de tomar parte en la danza, y cómo el viejo labrador, quebrantado por el trabajo, arrojaba con presteza el haz de leña que llevaba a la espalda y acudía presuroso a la primera invitación que aquella le hiciera. Miré otra vez a los campesinos y comprendí su serenidad...

La sierra se hacía cada vez más intrincada; el viaje tocaba a su fin; a lo lejos se divisaba un edificio de majestuosas proporciones, gris como los campos de Castilla, grande como la fe que lo levantara, fuerte como la generación que lo construyó: ¡Santo Domingo de Silos!

Momentos después, el coche pasaba bajo un arco de medio punto de una puerta abierta en la muralla coronada de almenas, que dando paso al monasterio le comunica el aspecto de una fortaleza.

Poco es lo que en la actualidad queda del famoso monasterio restaurado por el gran Santo Domingo, pero eso poco, es de un valor tan inmenso, que hace acudir a Silos infinidad de visitantes que llegan de los países más lejanos, ansiosos de contemplar el maravilloso claustro bajo, cuya fama es mundial. Son estos visitantes linajudos personajes, cultos extranjeros, sabios arqueólogos, ilustres profesores, inspirados poetas, piadosos creyentes y... peregrinos del arte que, cual yo, aman lo bello, sienten nostalgias del pasado y buscan en las glorias de las pretéritas edades, contrastes fuertes y rudos, que desilusionan un momento el espíritu, pero que al mismo tiempo le proporcionan vigorosas reacciones, enérgicos resurgimientos, que le preparan y abroquelan para la lucha, fortaleciendo su voluntad.

El claustro bajo de Silos está formado de sesenta arcos de medio punto, catorce en cada una de las galerías oriental y occidental y dieciséis en las del Norte y Mediodía. Notables arqueólogos y hombres eminentes dan a esta maravilla del arte el nombre de claustro románico; pero después de haber visitado la Catedral Vieja de Salamanca, y la Basílica de San Vicente de Ávila, se siente el ánimo sobrecogido de dudas y vacilaciones al comparar estilos, y aun los que nada sabemos, sentimos cierta repugnancia en llamar románica a una obra de tal belleza, de una delicadeza tan maravillosa, que según la frase de uno de los sabios religiosos «parece hecha por manos de mujer».

Los magníficos capiteles están sostenidos por finas columnas gemelas, que guardan entre sí cierta distancia y soportan los arcos, uniéndolos de dos en dos, esos capiteles, que bien pudiéramos llamar bizantinos en vez de románicos, por su belleza, delicada labor e influencias orientales. Se admira en ellos una fauna y una flora soberbiamente exóticas, fruto de imaginaciones soñadoras: animales alados, que recuerdan los toros asirios; aves de largos y retorcidos cuellos, que se entrelazan como flexibles serpientes; flores desconocidas de caprichosos pétalos; hojas delicadísimas formando caladas guirnaldas; aquí, figuras estilizadas que recuerdan frisos persas; allá extrañas labores de dibujos geométricos y en los ángulos del claustro, soberbios bajo relieves, en los que aparece Jesucristo con la indumentaria e hieratismo con que han llegado hasta nosotros, en las estelas de piedras que conmemoran sus triunfos, los poderosos reyes de Asiria y Caldea.

Es indudable que existió un gran influjo oriental en la construcción o restauración del monasterio de Silos pues, aunque hay una parte menor de capiteles exornados de asuntos bíblicos y que, según el R. P. Juan Pedro Rodrigo, tienen la influencia francesa de la escuela tolosana, debida acaso a que en Silos habitaron numerosos franceses venidos en tiempo de Alfonso VI; pero la mayor parte de los capiteles y los reputados de más grande mérito, manifiestan claramente influencias orientales. La antigua iglesia perdida por la decadencia y mal gusto artístico del siglo XVIII, de la que únicamente se conserva la portada y dos bellísimas columnas que la sustentan, nos dejan adivinar, que sería quizás de una factura tan maravillosa como el claustro y de

su mismo estilo. Además, existe en el Museo provincial de Burgos un cobre esmaltado, que sirvió de frontal a uno de los altares de la demolida iglesia, y que se ha clasificado como de Limoges; pero al fijarse en las redondas cúpulas que aparecen sobre las magníficas figuras de hierática actitud que representan a Jesucristo y los doce apóstoles, se piensa: ¿por qué, el artífice de Limoges puso, coronando su obra, unas cúpulas semejantes a las de la Santa Sabiduría de Bizancio?

En el Relicario de Silos y en el Museo de Burgos, consérvanse dos arquetas esmaltadas de fina labor y caprichosos dibujos, las que tal vez, tengan la misma procedencia que el trabajo antes citado, siendo, acaso, posteriores a él. Es notable la patena usada por Sto. Domingo de Silos, donde se ve engastado un antiguo camafeo, en el cual se lee esta inscripción latina en caracteres griegos: «La Emperatriz Faustina a su hijo Cómodo».

Es pues innegable que hubo una gran comunicación entre Silos y Bizancio; quizás, monjes venidos de aquellos cenobios, trajeron los restos de la cultura clásica, de la que fue aquella ciudad conservadora y depositaria, o tal vez, entre los cautivos árabes, que, como dice el P. Juan Pedro Rodrigo, había en el monasterio, se contasen algunos hábiles operarios influidos por el arte oriental.

Sea cierta una u otra hipótesis, es evidente que, si se compara el claustro bajo con el alto, resulta este último una mala imitación del primero, y demuestra que los artistas que trabajaron en esta obra una centuria después, aparecen arcaicos y sin inspiración al lado de sus predecesores.

De todas maneras, después de lo anteriormente expuesto, no parece arriesgado ni caprichoso el llamar bizantino, más bien que románico, al famoso y renombrado claustro de Sto. Domingo de Silos.

Una vez vista la joya por excelencia que el monasterio encierra, nada llama la atención del visitante, a excepción de la amable hospitalidad, la afectuosa acogida y las delicadas atenciones que los sabios y virtuosos monjes benedictinos dispensan a sus huéspedes, cumpliendo al pie de la letra el mandato que el Santo Patriarca de Cansino dejó a sus hijos, resumido en unas cuantas líneas de su admirable Regla:

«Recíbase a cuantos huéspedes llegaren al monasterio *como a Cristo en persona*».

UNA CARTA.¹⁵

A.X.

Mi buen amigo: a mi regreso de Silos encontré su amable carta y las tres postales que me envió y fueron muy de mi agrado.

El arco de D^a Urraca es interesante, más que por su construcción, por los recuerdos históricos y caballerescos que evoca el nombre de aquella princesa. Las otras dos vistas demuestran en V. un gusto artístico muy depurado unido a conocimientos arquitectónicos.

Mucho tengo que contarle de Silos, y creo no acertaré a describir tantas maravillas en el reducido espacio de un pliego de papel; además, hay ciertas impresiones de tan elevado orden espiritual, que, al ser exteriorizadas con palabras, se evaporan como esencia sutilísima. Sin embargo, procuraré concretar, y como V. es un aficionado inteligente en cuestiones de arte, recibirá gusto en mi narración.

Llegamos una hermosa tarde al histórico monasterio, escondido en el silencioso paisaje de intrincada sierra, y después de breve descanso en la portería pasamos al claustro, verdadera maravilla de una arquitectura remota; yo creo que pertenece a la época bizantina, pues tanto los capiteles, como los relieves de los ángulos tienen notables influencias orientales. Allí se siente el alma poseída de incomprensibles sensaciones; los recuerdos de la España de Fernán-González, nos invaden y la vida actual se borra y desaparece. Al día siguiente, domingo, nos levantamos para oír la misa del alba. La iglesia apenas alumbrada, aparecía envuelta en misteriosa semioscuridad, mientras el coro iluminado, presentaba fantástico aspecto; las negras siluetas de los encapuchados monjes se destacaban con fuerza en el espacio luminoso, en tanto que en el resto de la iglesia se percibían apenas las rudas sombras de algunos ancianos labradores, que recordaban antiguos pecheros. Nunca he oído una misa con mayor recogimiento ni más grande y profunda devoción; mi espíritu flotaba en un mundo desconocido y me sentía invadida

¹⁵ Esta preciosa carta fue dirigida por mi querida hermana (q. e. p. d.) a un culto y malogrado amigo, muerto ha poco tiempo. Por su amenidad y galanura de estilo me ha parecido oportuno insertarla entre las narraciones de viaje.

de sentimientos tan extraños que hubiera querido que aquello se prolongara indefinidamente... En resumen, dos días inolvidables para los que peregrinamos por los senderos del arte.

El día 28 del pasado salimos mi hermana y yo de Burgos para Madrid, donde permanecemos pocos días. A mi llegada a Sevilla y cuando me preparaba a escribirle dándole gracias por sus postales, recibo la carta que me envió a Madrid y el álbum con vistas de Valladolid, que le agradezco muchísimo; algunas de estas vistas son preciosas; por ejemplo, las de S. Gregorio y la fachada de S. Pablo.

Siga V. contándome, pues en ello recibo gusto, su vida en el campo; muy bien me parece que reparta V, el tiempo entre la lectura y la contemplación de la naturaleza, siempre bella para los que saben sentir.

Le envía un saludo afectuoso, su invariable amiga.

OLIMPIA.

DE SOCIOLOGÍA

LA CUESTIÓN PALPITANTE¹⁶

DERECHOS Y DEBERES

Hace pocos días se dio en Córdoba uno de esos lamentables espectáculos que, quizá, por ser aquí muy raros, causan una dolorosa y triste impresión, que no se borra fácilmente.

Una turba de inconscientes, extraviados por erróneas doctrinas, cometió actos reprobables, en oposición con la cultura y la ciudadanía; porque la redención de patria no se consigue, ni se conseguirá, con hechos vandálicos, sino que ha de estar basada en los derechos *indiscutibles* y en los deberes *ineludibles* de todo ciudadano.

Es cierto que vivimos en el siglo de las asociaciones; hoy la unidad carece de valor, este radica en la cantidad; son las multitudes, conscientes de sus derechos y cumplidoras de sus deberes las llamadas a imponer su voluntad basada en la justicia y la razón; pero esa masa amorfa, inconsciente y extraviada, conociendo de una manera errónea el derecho y desconociendo en absoluto el deber, todo lo más que conseguirá es el cataclismo nacional, cuyas graves consecuencias ella será la primera en sentir.

Es justo, lógico y razonable que el hombre aspire siempre al perfeccionamiento, a mejorar su situación; pero las evoluciones de mayor transcendencia en la Historia de la humanidad no se han hecho con la fuerza, se han hecho con la inteligencia. Los plebeyos retirados en el Monte Aventino, consiguieron que el patriciado romano accediese a sus peticiones. El levantamiento de los gladiadores se ahogó en sangre y aquellos desgraciados no pudieron mejorar su situación.

Hace cuatro o cinco años se desarrolló una importante huelga en la cuenca minera de Río Tinto. Seguí paso a paso su desenvolvimiento, pues estuve encargada por mi distinguido y sabio profesor señor Buylla, de hacer la información de la misma en la clase de Derecho y Economía política en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, y confieso que después de leer cuantos periódicos se publicaban entonces, sentía grandes

¹⁶ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 26 de febrero de 1919.

simpatías por aquellos hombres que defendían sus derechos, conscientes y serenos, ante una Empresa de grandes poderes y enorme capital. Su actitud en nada fue hostil a la Compañía Minera; presentaron de una manera digna y respetuosa sus peticiones, justas y no exageradas, si se tiene en cuenta la índole del trabajo a que se dedican, los riesgos y peligros a que se exponen y las ganancias que el negocio produce a los accionistas, y sin represalias, atropellos, ni actos de barbarie, en un siglo en que tales manifestaciones repugnan a la inteligencia y al corazón, abandonaron el trabajo sin incurrir en nada que pudiera perturbar el orden, permaneciendo en esta actitud hasta que la Compañía Minera, inglesa por más señas, y cuyo director no estuvo en aquella ocasión a la altura de la ecuanimidad y altruismo, tan recomendados en las hermosas obras de sociología que escriben sus compatriotas, se vio obligado a transigir accediendo a la mayoría de las peticiones formuladas.

El pueblo español posee en alto grado esos sentimientos nobles, patrióticos y dignos, que no son en nuestro país patrimonio único y exclusivo de las clases elevadas; pero, por desgracia, su educación es deficiente, carece de personalidad plenamente definida y se deja arrastrar fácilmente por los que le halagan para servirse de él; ignorante y crédulo, sirve admirablemente en ocasiones a los planes de aquellos que, con más ingenio que buena voluntad, saben imprimir un acertado movimiento a las figuras del retablo, que, cual nuevos Maeses Pedros, mueven al capricho y antojo de sus miras personales,

Hora es ya de que los verdaderos españoles salgan al palenque dispuestos a luchar por el bien de la patria, y no se crucen de brazos con ese indiferentismo punible, por creer irremediable un mal que tiene remedio.

Es necesaria una aproximación de clases; es preciso borrar las ideas erróneas sembradas en el pueblo y sustituirlas con otras claras, precisas y verdaderas, para que este pueblo, ampliamente, sólidamente y patrióticamente educado, sea un elemento preciso y de inestimable valor en la obra magna del resurgimiento nacional.

LA MUJER ESPAÑOLA
EN LOS ACTUALES MOMENTOS¹⁷

I

Todas aquellas cuestiones que a la mujer se refieren, sus deberes y derechos, sus aspiraciones e ideales, se sintetizan en la palabra feminismo; pero esta palabra tiene aún en España un significado erróneo; pocos son los que dan al vocablo su verdadero valor. Unos sonríen burlescamente al escucharlo, pareciéndoles vislumbrar en lontananza los sombrerillos estafalarios y la silueta nada airosa de las sufragistas inglesas, tan poco femeninas en medio de sus aspiraciones feministas; otros creen ver en esta palabra la varita mágica que convertirá a España, ya que no en isla, en nueva península de San Balandrán, y que las mujeres deseosas de tomar una revancha del largo tiempo en que estuvieron postergadas, postergaran a su vez a los hombres. Muy poco valor y muy poca confianza en sí demuestra tener el que piense de este modo.

Es el feminismo la aspiración que debe tener toda mujer a conseguir una personalidad definida, y sin dejar de ser mujer, o sea dentro de la feminidad propia de su sexo, demostrar que el constituir la mitad de la humana sociedad tiene derecho a tomar una parte activa en todo aquello que al mejoramiento social se refiere, dejando de representar ese ridículo papel de figura decorativa que le está asignado y que los atavismos, las costumbres, la indolencia y la abulia le impide cambiar por otro más digno, más útil y más humano, que redunde en beneficio para sí, para la familia y para la patria. Mas para esto necesita estar capacitada física, moral e intelectualmente, puesto que de no ser así su intervención conduciría al fracaso.

La mujer no es superior al hombre, pero tampoco es inferior a él; según el Génesis procede del hombre pero, aunque el hombre haya sido formado directamente por Dios, no va a ser esto causa del menoscabo de la dignidad de la mujer; pues equivaldría a negar el valer de los hombres de genio, por proceder de la materia

¹⁷ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 5 de abril de 1919.

de sus progenitores, los cuales muchas veces no se distinguieron por nada, ni salieron de la vulgaridad.

Y una vez sentado este precedente, consideremos a la mujer, en primer lugar, desde su aspecto físico y pasaremos después a su intelectualidad, estudiando, sin apasionamientos ni parcialidades, la conveniencia o inconveniencia de su educación actual.

No ha mucho tiempo, cuando la guerra europea se desarrollaba sangrienta y tenaz, al recorrer las páginas de los periódicos ilustrados, descansaba la vista, ya fatigada de tanto combate y tanta máquina de destrucción, en bonitos grabados donde se representaba a la mujer inglesa, alemana o yanqui cultivando la tierra, haciendo la recolección de las cosechas o guardando apacibles rebaños. Todo esto, que parecía nuevo y gracioso a aquellos de nuestros compatriotas que avaloran lo extranjero, despreciando lo patrio, viene realizándose en España desde tiempo inmemorial. ¡Cuántas veces he visto en la silente campiña castellana a las mujeres ocupadas en las agrícolas faenas! Valientes, decididas, fuertes, ayudan a sus padres o maridos a sostener un hogar modesto, pero donde reina el bienestar. La madre y la esposa no solo constituyen el complemento de aquella santa sociedad conyugal, sino que contribuyen a su mejoramiento.

También en los rientes campos de Galicia, cruzados por bellas rías semejantes a cintas de plata, sirviendo de escenario una campiña espléndida, donde merced a las suaves tonalidades de la luz, percibe la vista toda la rica gama del color verde, surgen las hermosas y mórbidas figuras de las hijas de aquella región privilegiada, ora guardando sus vacas, ora haciendo los quesos y laborando la manteca, bien segando el heno, bien conduciendo los carros rebosantes de olorosa hierba a los lugares donde han de almacenarse, para que sirva de alimento a todos esos seres irracionales que conviven con el campesino, le ayudan en la lucha por la existencia y forman algo así como una prolongación de la familia.

Aquel idealista soñador que se llamó Bécquer y cuyo dulce recuerdo llena aún de poesía y encanto su ciudad natal, en sus preciosas cartas literarias, «Desde mi celda» escribe la siguiente, aludiendo a las hijas de Añón:

«Cuando la noche es más oscura, cuando la nieve borra hasta las lindes de los senderos, cuando supone que los guardas de los montes del Estado no se atreverán a aventurarse por aquellas brechas profundas, y aquellos bosques de árboles intrincados y sombríos, entonces la añonesa desafiando todos los peligros, adivinando las sendas, sufriendo el temporal, escuchando por uno y otro lado los aullidos de los lobos, sale furtivamente de su hogar. Más bien que baja, puede decirse que se descuelga de roca en roca hasta el último valle que la separa del Moncayo; armada del hacha penetra en el laberinto de carrascas oscuras, a cuyo pie nacen espinos y zarzas a montón, y descargando rudos golpes con una fuerza y una agilidad inconcebibles, hace su acopio de leña, que después oculta para conducirla poco: a poco, primero a su casa y luego a Tarazona, donde recibe por su trabajo material, por los peligros que afronta y las fatigas que sufre, seis o siete reales, a lo sumo.»

.....

«Grandes, inmensas desigualdades existen, no cabe duda; pero también es cierto que todas tienen su compensación.

Yo he visto levantarse agitado y dejar escapar un comprimido sollozo a más de un pecho cubierto de leve gasa de seda; yo he visto más de una altiva frente inclinarse triste y sin color como agobiada bajo el peso de su espléndida diadema de pedrería; en cambio, hoy como ayer sigue despertándome el alegre canto de las añonas que pasan por las puertas del monasterio para dirigirse a Tarazona; mañana como hoy, si salgo al camino o voy a buscarlas al mercado, las encontraré riendo o en continua broma, felices con sus seis reales, satisfechas porque llevarán un pan negro a la familia, ufanas con la satisfacción de que a ellas se debe la burda saya que visten y el bocado de pan que comen.»

Satisfechas, sí, porque cumplen sus deberes, porque tienen personalidad, porque su vida es útil y no se arrastra lánguidamente en medio de la indolente holgazanería, que prefiere carecer de todo a desprenderse de arcaicos atavismos.

Y vemos, por lo tanto, que la mujer físicamente considerada, no tiene respecto al hombre aquella inferioridad que muchos la suponen, y si se dan algunos casos son más bien debidos a la educación de quietismo y ñoñez que recibe, la cual atrofia sus músculos y empobrece su sangre, que a deficiencias de su

complexión. Pero en España se hace muy poco en materia de educación para favorecer el desarrollo físico de la mujer; los deportes están solamente al alcance de personas adineradas y esas mil conveniencias sociales de indumentaria, hacen que la mujer lleve, casi siempre, una vida muelle y sedentaria, que desarrolla a medias su organismo.

El verdadero significado de la palabra *educación física* se ignora entre nosotros, reduciéndose en los centros de enseñanza a nociones o ampliaciones de las asignaturas de Fisiología e Higiene.

Además, nuestros compatriotas que se entusiasman ante las gallardías y decisiones de inglesas y americanas ridiculizan despiadadamente a la mujer española, que saliéndose del trillado sendero marcado desde hace tres siglos por las huellas de nuestras antecesoras, siente anhelos de un papel, que estando más en conformidad con los momentos actuales y las necesidades de la vida moderna, no esté en pugna con la misión de amor, de suavidad y delicadeza que Dios le tiene asignada.

LA MUJER ESPAÑOLA
EN LOS ACTUALES MOMENTOS¹⁸

II

Anteriormente me ocupé de la mujer considerada desde su aspecto físico; hoy voy a hacerlo desde el punto de vista de su intelectualidad.

Es la inteligencia de la mujer española semejante a rico venero que se pierde sin fecundar los extensos y yermos campos que atraviesa, sin desarrollar energías, que den origen a rica y próspera industria, sin producir utilidad alguna, y, triste es confesarlo, la mujer española, que cuenta entre sus antecesoras figuras de tan señalado relieve como Isabel la Católica, la Nebrija, la Galindo, la Sigea, Teresa de Jesús, Ana de Guzmán, Feliciano Enríquez y otras muchas más que sería largo y prolijo enumerar, se encuentra en los momentos actuales ocupando el último lugar con relación a la mujer en otros países civilizados; le ha ocurrido algo semejante a lo que sucede a las plantas faltas de un acertado cultivo, que degeneran; así vemos que desde el siglo XVII su educación ha sido cada vez más deficiente, las conveniencias sociales mal entendidas y la mala fe o ignorancia de algunos hombres que con suspicacias indignas del que cree en su valor y no teme, por lo tanto, rivalidades, han puesto el veto a todo lo que no fuera tener a la mujer sumergida en la más absoluta incultura. En cierta ocasión, teniendo que hacer un trabajo relacionado con el estado cultural de la mujer española en el lapso de tiempo comprendido desde 1812 a 1830, leí el siguiente curioso dato, consignado en las sesiones de las Cortes; un señor diputado, enalteciendo la necesidad de divulgar el conocimiento de la Constitución, dijo: «Aprendan la Constitución todos los ciudadanos españoles, apréndanla los *carreros* y *hasta las mujeres*.» ¡Vean ustedes qué puesto tan honroso daban aquellos hombres entusiastas del derecho y de la libertad a sus compañeras, colocándolas por bajo de la mentalidad de la clase social más ínfima!

¹⁸ Publicado en el *Diario de Córdoba* el 9 de abril de 1919.

Hay un error muy vulgarizado; que es suponer a la mujer instruida incapaz de atender a los cuidados domésticos y familiares; así suelen decir: «La mujer ha nacido para ser madre; esta es su principal y única misión».

Es muy cierto, pero esto no implica que la madre sea una ignorante, al contrario; Ribot, en su interesante libro «La Herencia Psicológica» expone de una manera clara y científica cómo todos los hombres célebres que han legado sus nombres a la posteridad fueron hijos de mujeres ilustradas y de talento, y en cambio, los hijos de los grandes genios vivieron casi siempre en la oscuridad.

Esto, además de la parte que corresponde a las herencias físicas y psicológicas, podemos y debemos atribuirlo a que la primera maestra y educadora del niño debe ser su madre; pero este deber muchas lo ignoran, y otras, ineptas para cumplirlo, creen que es suficiente colocar a sus hijos en colegios afamados; pero no es bastante, la madre tiene que cooperar en la labor educativa de la maestra, tiene que ayudarla, y no es la casa el lugar donde menos se desenvuelve la inteligencia del niño; así es que, en vez de dejarle en manos mercenarias y oyendo, tal vez, conversaciones groseras o libres, la madre es la encargada de formar y desarrollar aquella inteligencia infantil, y este trabajo le hará doblemente acreedora al cariño de sus hijos.

Y ya están contestados aquellos que suponen que la mujer no necesita instruirse para la misión de maternidad que le está encomendada por Dios y por la naturaleza, que es tanto como afirmar que el campesino que tras el arado se ocupa en las rudas faenas agrícolas, es más capaz de educar a sus hijos que el hombre culto que, en su gabinete de estudio, en su oficina, en su cátedra, o en su laboratorio, hace labor de investigación, de educación, de sociología o de humanidad.

No, y mil veces no; la cultura no seca el rico manantial de amor que los padres profesan a sus hijos; lo que más bien hace es acrecentarlo y darle una acertada dirección para que se convierta en útil y provechoso en lugar de ser pernicioso o estéril, como ocurre cuando irreflexivamente lo maneja la ignorancia.

Repito que la mujer debe ser la primera educadora de su hijo y que tiene un deber moral de hacerlo, de cuyo incumplimiento

ha de dar cuenta a aquel a quien todos estamos obligados a darla hasta de nuestros menores actos.

Otra de las causas del descuido de la educación femenina, ha sido suponer en la mujer ilustrada ciertas aspiraciones absorbentes y que, no encontrando, tal vez, suficiente el campo de operaciones que le está asignado, quiere invadir el terreno que al hombre pertenece. Segundo error en que caen los que combaten la cultura femenina.

El insigne literato Gregorio Martínez Sierra, que en brillantes conferencias dadas en Madrid en el teatro Eslava, defendió el feminismo con bellas palabras y sabias razones, dijo lo siguiente: «Por saber más, no es una mujer menos mujer; por tener más conciencia y más voluntad no es menos mujer una mujer; por haber vencido unas cuantas perezas seculares y encontrarse capaz de trabajo y de interés en la vida, no es una mujer menos mujer; por haber adquirido medios de defenderse y de defender a sus hijos sin ayuda ajena, no es una mujer menos mujer; al contrario, puesto que todo esto, ciencia, conciencia, voluntad, capacidad, cultura al cabo, o, si ustedes lo quieren mejor, cultivo, no puede dar de sí más que perfeccionamiento de sus facultades naturales, nunca un cambio de naturaleza. Por mucho que cultive la rosa un jardinero experto, no logrará hacer de ella un jazmín... Así, por mucho que una educación intensa, que una fuerte ilustración, que un aumento de libertad y de responsabilidad cultiven y perfeccionen el espíritu de la mujer, ensanchando su capacidad y dilatando el campo de sus actividades, no correrá nunca el peligro de acercarse a ser hombre; por el contrario, cuanto más perfecta llegue a ser, cuanto más complete su vida, cuanto más eduque su cuerpo y su alma, más mujer será. No hay ser que se afirme por lo que le falta, sino por lo que posee, y decir que una mujer moderna, cultivada, sabia, libre y consciente, en la plenitud de todos sus derechos y de todas sus responsabilidades, es menos mujer que una pobre inconsciente, sin más defensa que el instinto, más arma que la flaqueza, ni más encanto que la ¡ignorancia, equivale a decir que fue más hombre el salvaje de la selva primitiva que el moderno varón cultivado por la sabiduría de los siglos. La mujer ignorante y esclava ni con la muerte sale de su infancia.»

Después de lo dicho tan magistralmente y rotundamente por el señor Martínez Sierra, nada me resta que añadir, ni me quedan razones que exponer para tranquilizar a los que temen una intromisión de la mujer en el campo de acción destinado al hombre; nada de eso teman, pues el terreno demarcado para unos y otros tiene sus límites bien definidos. Las mujeres siempre seremos mujeres y no aspiraremos a más esfera de acción que aquella que nos está señalada; pero esta acción será socialmente más benéfica cuanto más perfección alcance la colectividad que ha de ejercerla. La mujer española necesita instruirse más ampliamente, más sólidamente que lo hace; la educación actual no la capacita para la vida real, y arrastra, en la generalidad de los casos, esa *vida latente*, tan semejante al sueño, de que nos hablan los biólogos. Frecuente los centros de enseñanza, estudie carreras, adquiera títulos académicos, y si no necesitara utilizarlos para el desempeño de un puesto oficial o una cátedra, recogerá el fruto de su estudio y Su trabajo, siendo la maestra de sus hijos y la confidente de su marido.

También debían crearse en España esas Escuelas de *menagére*, donde las jóvenes aprenden todo lo que una buena ama de casa debe saber, para que el día que se hallen al frente de una familia, no encuentren dificultades en la dirección y gobierno de una casa y con la misma facilidad manejen la pluma, escribiendo cartas familiares, que llevando una correspondencia comercial; anotando los gastos de la casa y desempeñando una contabilidad mercantil; confeccionen un plato de cocina o cosan y planchen las prendas de sus ropas.

Hoy día en que la aspiración única y general de la humanidad es el perfeccionamiento, parece una paradoja que tan fiera y rudamente se combata en España, usando todas las armas y principalmente el ridículo, ese perfeccionamiento cuando se trata de la mujer.

Abandónense, pues, antiguas rutinas, necios errores, costumbres que no encajan en pleno siglo XX, y sea la mujer ilustrada y consciente la digna compañera del hombre actual, al que podrá ayudar con sus consejos en los negocios y aliviar con sus consuelos en las penas y amarguras de la vida.

CUESTIONES TRASCENDENTALES.

LA MENDICIDAD INFANTIL

Raro es el día que no se me acercan dos o tres niños sucios y mal vestidos, con la sabida frase en los labios: «Señorita, una limosna, que no he comido hoy»; y al mirar a esos pequeños seres que se asoman a la vida con tan tristes auspicios, en mi corazón se entabla una lucha entre dos sentimientos enteramente opuestos: la piedad infinita hacia el pobre niño que demanda mi auxilio y la repulsión a cooperar, tal vez, en una de esas comedias que los explotadores de la infancia preparan con frecuencia.

Llamo la atención de las autoridades sobre este problema, de importancia trascendental, y téngase en cuenta que no lo hago a manera de acusación; nada de eso; es de un modo patriótico y cariñoso como deseo ocuparme de una cuestión que, mirada serenamente, es muy importante.

En Inglaterra se han establecido algunas casas para «golfos», que están dando excelentes resultados; pero soy partidaria de precaver más bien que de curar. ¿No costará menos formar niños y jóvenes honrados que convertir a los golfos en ciudadanos modelos? Si la mendicidad infantil estuviese prohibida, no existiría el día de mañana tanto alcohólico e irresponsable. Esos niños, acostumbrados a la vagancia y al vicio, son los que de hombres darán mayor contingencia a los presidios; sin temor a nada ni a nadie, ignorando sus derechos y deberes, oyen a todos aquellos que alagan sus pasiones, con el solo fin de servirse de esa masa amorfa, que ellos modelan a su gusto, y de estos hombres salen ciertos delincuentes, seres inconscientes, sin personalidad, que obran a impulso del brazo que los maneja.

Pasaron ya los tiempos de «Panem et circenses»; es preciso «alimento y educación», formar un pueblo sano, fuerte, honrado, culto y patriota; es necesario que esos niños sean recogidos en algún sitio; no en un asilo; algo así como una entidad que llamaríamos Casa de trabajo, donde empiece la formación del ciudadano por la escuela, cantina y ropero, y de allí pase al taller, y en él se formen obreros aptos que puedan aspirar a una retribución honrosa de su trabajo, suficiente para disfrutar de algunas comodidades de la vida, sin soñar con las utopías.

Algo se hace hoy día para mejorar la condición del niño de las clases humildes, pero en ese obrar hay mejores deseos que acierto. Las Colonias escolares, por ejemplo, no llenan su cometido tal y como debieran. Los niños que consiguen formar parte de ellas, todos pertenecientes a familias muy modestas, se encuentran durante un corto espacio de tiempo, mimados, vestidos, a veces con elegancia, alimentados de una manera espléndida, colmados de agasajos y golosinas; luego... la casa de sus padres, con las privaciones propias de un hogar humilde, sin comodidades, la comida escasa, el vestido de tela barato y corte vulgar; todo esto hace que en la mente del niño se establezcan comparaciones y nazcan deseos, no siempre plausibles, comparaciones en las cuales la casa paterna lleva siempre la peor parte, y el niño pierda el afecto a su hogar y el cariño a una familia que no le proporciona los goces que disfrutó durante breves días.

Una de las instituciones de carácter educativo que más ha llamado mi atención, impresionándome agradablemente, ha sido una fundación de carácter particular, cuyo nombre no recuerdo, y que visité hace tres años, cuando estudiaba en la Escuela Superior del Magisterio. Situada en una de las barriadas nuevas, solo recuerdo dos cosas: su excelente organización y que me dijeron estaba dirigida por un Patronato del que formaban parte los señores Cossío y Altamira.

Este grupo escolar no tiene el aspecto de palacio o ministerio que presentan algunos de los que en Madrid hay, y que no obstante su magnificencia externa, presentan en el interior múltiples inconvenientes, que los inhabilitan para llenar racionalmente su cometido; a la entrada tiene un amplio patio plantado de árboles, lo suficiente para embellecerlo, sin disminuir el sitio destinado a campo de juego; en un extremo hay una huerta jardín, terreno dividido en parcelas destinadas a diferentes clases de cultivos y separadas unas de otras por vallas de flores o plantas de adorno. El edificio es modesto, pero alegre e higiénico; en todo él reina el orden y la limpieza; los niños, de aspecto sano y agradable, estaban sumamente limpios; sus batas eran de telas comunes, algunas zurcidas y remendadas; la amable directora dijo que esto obedece al deseo de hacer que los niños no olviden que son pobres, que no siempre podrán vestirse con telas nuevas, y no desprecien a su familia al verla pobremente ataviada. Lo

mismo la ropa interior que la exterior se zurce y se remiendan, pero estos zurcidos y piezas están muy bien hechos y se emplean telas iguales a la de la prenda deteriorada.

Presencié el desayuno que consistió en una taza grande de leche y pan blanco y tierno. En el comedor había guirnaldas de verdes hojas adornando las paredes. Estas guirnaldas, obra de los niños y algunos grabados con escenas infantiles, formaban un decorado sobrio y elegante.

Las aulas son claras, alegres y ventiladas; en todas ellas vi un manojito de flores y hierbas olorosas colocado en una vasija de barro ordinario, un jarro, un puchero, una cacerola; la directora manifestó que aquello se hacía para desarrollar en los niños el gusto estético y para que aprendieran que las flores, por sí solas, constituyen un adorno tan bello que no necesitan estar colocadas en vasos de precio para hermostear una vivienda.

Asistí a una clase de Matemáticas, observando que todas las cuestiones que en ella se desarrollaron fueron prácticas, claras, sencillas y muy relacionadas con las necesidades de la vida.

Algo así como esta fundación pudiera servir de modelo a lo que llamaríamos Casa de trabajo. En Córdoba hay hombres de corazón y de dinero capaces de emprender una obra tan socialmente útil, y en esa Casa de trabajo se daría educación y alimento a los desheredados de la fortuna, con preferencia a los huérfanos, a los chicos del arroyo, y se experimentaría una satisfacción honda, grande y noble al considerar restada al vicio un número de semejantes, por corto que este fuera.

Todos tenemos la obligación de cooperar a esta acción social y yo soy la primera que acudiría al llamamiento, sin desear ni pedir otra recompensa que la satisfacción íntima que produce siempre el cumplimiento del deber.

CUESTIONES TRASCENDENTALES

BIBLIOTECAS POPULARES Y BIBLIOTECAS AL AIRE LIBRE¹⁹

La cultura se impone en los actuales momentos, como algo de necesidad imprescindible a todas las clases sociales.

España atraviesa uno de esos períodos que preceden al resurgimiento de los pueblos que, por razones que no son del caso enumerar, han arrastrado durante un lapso de tiempo, más o menos largo, una vida lánguida y sin iniciativas. En la actualidad se ha operado un cambio radical en nuestra patria, y la guerra europea, convirtiendo en campos de sangre las naciones más civilizadas, ha venido a ser la causa de que España, con un noble gesto de gallardía y patriotismo, salga de aquel marasmo en que había caído por la ingratitud y deslealtad de algunos indignos hijos suyos que, anteponiendo intereses particularísimos a los generales, se han mostrado siempre malos patriotas, que es la negación de todas las virtudes cívicas.

Española de corazón, amo a mi patria desde lo más profundo de mi alma, sin que me ciegue el cariño hasta el punto de no ver los defectos de lo que tenemos, y no notar la falta de lo que pudiéramos tener; pero siempre he mirado con gran antipatía a esos entes que encuentran malo todo aquello que lleva el nombre de español, y no hallan nada censurable cuando se trata de algo que extranjero sea, lo mismo en el campo intelectual que en el de la industria. Pues bien; España ha dado una lección provechosa en los actuales momentos a esos señores que temían los efectos de la guerra, quizá no tanto por las víctimas que perecieran en los campos de batalla como por la multitud de cosas de que íbamos a carecer; ni tendríamos medicamentos para curar nuestras enfermedades, ni telas para vestirnos, ni libros para estudiar; las fábricas necesariamente habrían de cerrarse; paralizarse la industria; todas las grandes empresas que existían en España, estaban dirigidas por extranjeros... «El tiempo para verdades» como dijo uno de nuestros inspirados poetas; pronto hará cinco años que estalló la guerra europea; España sigue su vida normal, dentro de lo que podemos llamar normalidad en unas

¹⁹ Publicado en *El Diario de Córdoba* el 20 de mayo de 1918.

circunstancias como las presentes; nuestros productos son buscados en el extranjero, y nuestra patria vuelve a desempeñar hoy día el papel de «Provincia nutricia» que le adjudicaron los romanos; no carecemos de aquellas cosas que nos decían no podían fabricarse en España; lo único que tenemos que lamentar es que las pagamos más caras, merced a los exportadores.

Este ligero preámbulo sirva de introducción para demostrar que, si una vez terminada la guerra, la industria española alcanzara, como es de esperar, un gran desenvolvimiento, es natural exigir que los obreros progresen en sus artes e industrias, y este progreso tiene que ser el resultado de una elaboración mental del individuo mediante el estudio; pero ¿cómo se va a exigir a un obrero que gana cuatro o cinco pesetas diarias, que gaste ocho o diez en un libro? No, no es posible, los jornales no permiten estos dispendios, y como el obrero no puede adquirir libros, es necesario proporcionárselos, que a veces dar un libro es una limosna más grande, más santa, que dar un pedazo de pan, pues según dijo Jesucristo: «No solo de pan vive el hombre».

En Sevilla, merced a la iniciativa de un hombre de acción y de cultura, Don Santiago Montoto, se ha creado la Biblioteca popular de Triana; es una nueva gloria que el Sr. Montoto tiene que añadir a las que le han proporcionado su musa inspirada y su prosa castiza, y gracias al trabajo del insigne escritor hispalense, el barrio de Triana cuenta con una bien surtida biblioteca, que la generosidad del pueblo sevillano ha donado, no en conjunto sino separadamente, y, así como para las obras piadosas o caritativas no falta el óbolo, por pequeño que sea, de las gentes de corazón, los sevillanos han demostrado su buena voluntad, su cariñosa simpatía hacia esta obra de interés social, y el óbolo con que han acudido ha sido un libro, dos, los que han podido donar; así se ha formado la Biblioteca popular de Triana, y asombra ver el gran número de obras consultadas en el poco tiempo que lleva establecida.

Córdoba debe imitar el hermoso ejemplo dado por Sevilla; es preciso que la ciudad que fue un tiempo centro de cultura y saber, sacuda el marasmo y la indiferencia en que yace sumergida y demuestre que hay algo espiritual en la vida de los pueblos, que se conserva a través de los tiempos y resurge en el momento necesario.

Existe en Sevilla un lugar de ensueño que se llama Plaza de América; en este sitio han surgido, en medio de jardines encantados, palacios maravillosos, semejantes a los descritos en los cuentos orientales, debidos al genio de un hombre tan sabio como modesto, el famoso arquitecto D. Aníbal González, cuyo talento y mérito extraordinario le dan puesto preeminente entre los hijos más ilustres de Sevilla.

En este encantado recinto hay un jardincito, en cuyos bancos, formados de azulejos, se ven los principales pasajes de las aventuras del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Ese jardín es el de Cervantes, cuyo busto en cerámica y una estatuita ecuestre de Don Quijote, caballero en Rocinante, decoran el lugar; pero, no es esto lo que llama la atención del paseante, sino unas a manera de hornacinas con estantes, hechas de cerámica sevillana, y que contienen las obras del Manco de Lepanto. Y la tarde de un domingo primaveral, cuando los jardines estaban cuajados de flores y el ambiente saturado de azahar, quedé agradablemente sorprendida al ver el jardín de Cervantes lleno de gentes; obreros de manos limpias y honradamente curtidas por el trabajo, estudiantes, caballeros, casi todos tenían en las manos un libro, ya era el «Quijote», ya las «Novelas ejemplares», quien la «Persiles y Segismunda», quien la «Galatea».

Y al contemplar el cuadro simpático y atrayente que formaban los lectores cervantinos, su corrección y comedimiento, pensé, que, después de la religión no hay lazo que más una y hermane a los hombres que la cultura.

